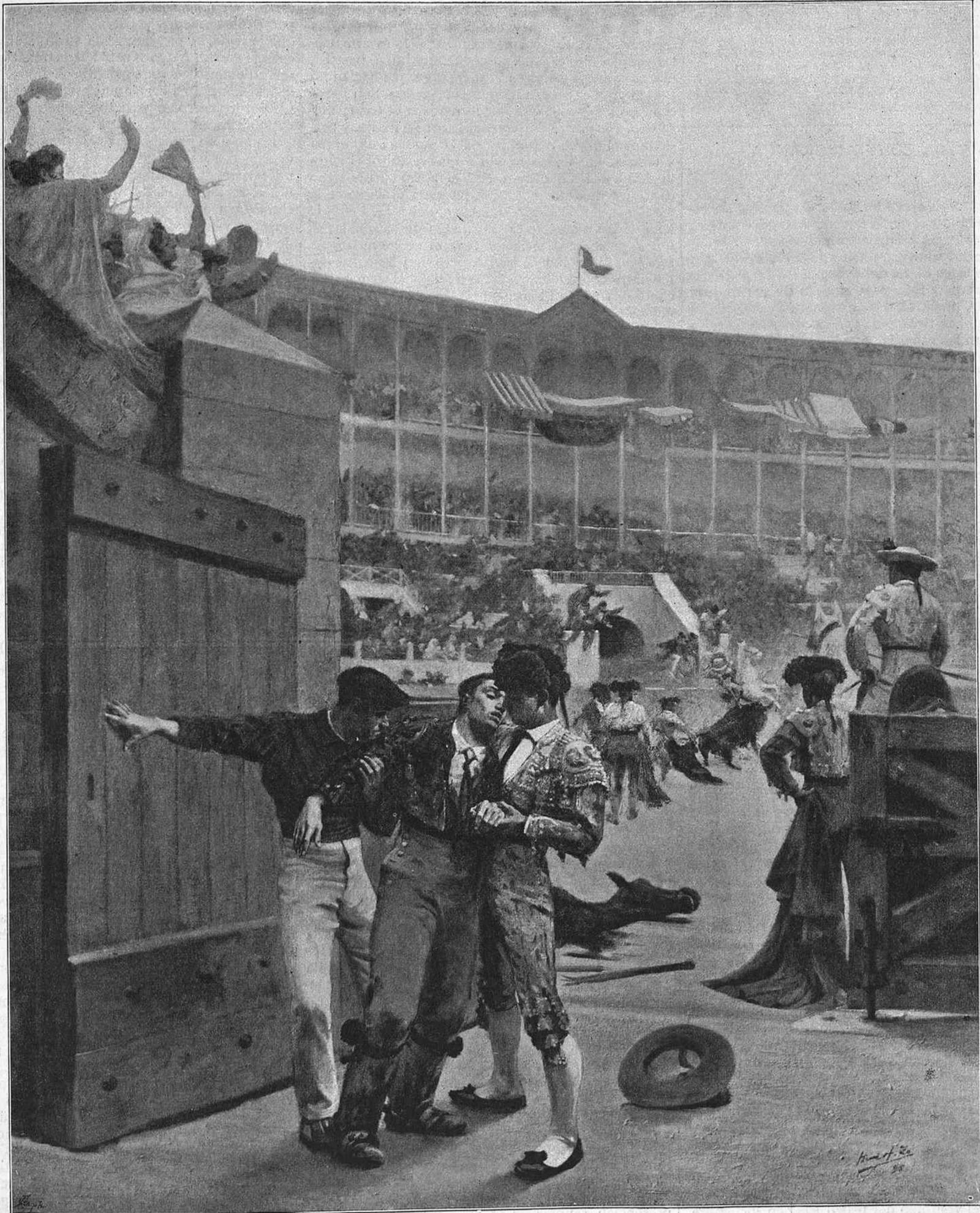


La Ilustración Artística

AÑO XV

BARCELONA 6 DE JULIO DE 1896

NÚM. 758



¡BRAVO TORO!, cuadro de Enrique Zo (Salón de los Campos Elíseos de París. 1896)

SUMARIO

Texto. — *La vida contemporánea. Polo*, por Emilia Pardo Bazán. — *Decadentes*, por X. — *Los retratos de Rembrandt*, por R. Balsa de la Vega. — *Valor del canon horaciano relativo al político sentimiento* (conclusión), por José de Letamendi. — *El placer de la mentira*, por Luis Calvo Revilla. — *Nuestros grabados.* — *Miscelánea.* — *Problema de ajedrez.* — *Dos anónimos*, novela original de Florencio Moreno Godino, ilustrada por José Cabrinety (continuación). — **SECCIÓN CIENTÍFICA:** *El polo Antártico*, por Mis de Nadaillac. — *El medómetro.* — *Nueva lámpara incandescente.* — Libros recibidos.

Grabados. — *¡Bravo toro!*, cuadro de Enrique Zó. — *Primer retrato al agua fuerte por Rembrandt.* — *¡Vendrás!*, dibujo de Narciso Méndez Bringa. — *El teniente general D. Luis Pando.* — *D. Baldomero Barbón*, comandante del batallón de Baleares, ascendido á teniente coronel. — *El primer teniente D. Luis Buguete.* — *Menú del banquete de la coronación del tsar en Moscú.* — *Desdénosa*, cuadro de N. Sichel. — *Quien mal anda...*, cuadro de F. Dadd. — *El marqués de Morés*, explorador africano recientemente asesinado por los tuaregs. — *Sir Augusto Harris*, famoso empresario londinense. — *Estatua de la reina Victoria*, obra del escultor Hamo Thornycroft. — *El espejo del bufón y El Vidtico en una aldea de Asturias*, cuadros de Luis Menéndez Pidal. — *Aparatos eléctricos FÉNIX*, ideados por J. Vila y Forns, de Gerona. — *Salida de barcas pescadoras*, cuadro de Mesdag.

LA VIDA CONTEMPORÁNEA

POLO

Este *sport* tiene, como los toros, el atractivo de verificarse al aire libre, en primavera, de modo que nos anticipa las alegres excursiones del verano y la higiénica libertad campestre, tan apetecida desde que sufrimos un calor digno del Senegal.

El polo es, para mí y para muchas de sus asiduas espectadoras, preferible á las carreras de caballos. En éstas apenas hay tiempo de ver lo que sucede en la pista. Cruzan los caballos, como aquel de la fantástica leyenda, con vertiginosa rapidez, y cuando queremos adivinar cuál llegará primero á la meta, ya la carrera se ha terminado. A los que no entendemos el teje maneje de las apuestas, las carreras nos parecen tan sólo pretexto para un paseo muy lucido. ¿Muy lucido dije? Recordando la famosa teoría de D. Hermógenes de que todo es relativo, no me retracto; pero si evoco mis recuerdos de Longchamps, tampoco creo que merezca el calificativo.

Siempre concurre á las carreras, en Madrid, poca gente y poquísimos trenes dignos de llamar la atención en el desfile. El lujo de los coches no ha llegado á penetrar en nuestras costumbres, y espero que lucirá la época venturosa en que los vehículos mecánicos sustituyan casi por completo á los de sangre, sin que aquí haya hecho estragos la afición á trenes raros, bonitos y nuevos, tan difundida en Inglaterra y en Francia. La manía cocheril es de esas que no llevamos en la masa de la sangre, y á los pocos que aquí la padecen les ha entrado con la educación inglesa, con los viajes á Londres, con el olor de la atmósfera británica. El español de raza, en materia de coches, no ha llevado el ideal más allá de las carrozas monumentales que salen á relucir en los días de solemnidades palatinas. Entendemos poco de carrocería. La elegancia de forma, la resistencia, la ligereza, la solidez, el charolado, el bonito corte de esquiife de un coche primoroso... ¡bah!, todo eso se nos pasa inadvertido... Repito que los coches mecánicos, útiles y sin duda horriblemente feos por la falta de caballos, hallarán aquí bien preparado el terreno.

Nadie se da cuenta de ello, pero esos coches van á traer consigo una revolución en la sociedad y en las costumbres. Por ahora no son accesibles á todas las fortunas; por ahora nadie sabe manejarlos; tal vez están aún muy lejos de los ápices de la perfección, y además corren acerca de ellos noticias alarmantes; se les cree peligrosos, y no se ha olvidado el accidente ocurrido á una familia entera, lanzada á un barranco con grave riesgo de la vida. Sin embargo, cada día anuncian los periódicos un nuevo adelanto en los coches mecánicos; cada día nos familiarizamos más con la idea de que podrán llegar á servirnos, en plazo no muy remoto. Y verdaderamente esos coches, cuando nos adaptemos á ellos, serán una de las mejores conquistas de la civilización. ¡Ahí es nada! Gastando una pequeña cantidad de petróleo ó de electricidad nos veremos libres de lacayos, palafreneros y cocheros; y no recelaremos tener á un hombre clavado en el pescante horas y horas, expuesto á la intemperie, al calor, al frío; ya la ráfaga boreal que cruza de extremo á extremo el vestíbulo del teatro Real en diciembre, no nos sugerirá la sospecha de que va á costarnos algunos miles de reales, deshaciendo un tronco y de-

jándonos á pata galana; el sol no nos traerá la imaginación el tabardillo; no habrá que temer, cuando chacolotea la herradura, que se destroce el casco; no tendremos que pensar en la cebada, en la avena, en la paja, en la escarola, en el forraje de verano y en la abrigada manta para el invierno; no se lidiará con veterinarios; no se gastarán dineros en sedales, en linimentos, en sangrías; no habrá vejigas posadas, ni entabladuras, ni vértigos, ni resbalones cuando hiela, ni toses cuando nieva; no se necesitarán bruzas, almohazas, tijeras esquiladoras, paños...; en suma, nos habremos quitado de cuidar un niño, ó dos..., porque el caballo es, como el chiquillo, un ser delicado, impertinente, lleno de exigencias, de mimos y de alifafes; su salud se resiente con facilidad suma, y es menester, para que estén atendidos dos caballos, que en todo el día no hagan otra cosa dos hombres sino atenderles...

Los coches mecánicos vendrán á resolver este problema, y á libertarnos de la tiranía de los simones y del atraneo de las galeras y carros de transportes y mudanzas. Cuando se aplique el principio científico en toda su extensión y con todas sus beneficiosas consecuencias, no será necesario que tales armatostes ocupen media calle. El coche mecánico, baratísimo, hará varios viajes en el tiempo en que hacía uno solo el gran carro ó la monumental galera. Son incalculables los bienes que puede reportar el coche mecánico. El trabajo de la máquina no se limita, y tendremos el coche *enganchado* á la puerta todo el día y toda la noche, sin miedo á que se canse el automedonte ni los bucéfalos. Hoy el coche parece signo distintivo del lujo; entonces parecerá el signo de la medianía, del modesto desahogo, del recreo y de la comodidad á módico precio..., algo de lo que significa al presente la bicicleta. Será el coche menos *tónico* (como antaño se decía), pero más humano; democratizado, reducido á su natural papel de cachivache útil, y no de ídolo y de objeto de culto y de veneración, al par que motivo de ira y envidia para los que se ven «salpicados por el lodo que levantan las ruedas.» Los coches mecánicos también tendrán ruedas y levantarán lodo, pero ese lodo ya no parecerá tan ofensivo, como no lo parece el que alza, cocean-do, un humilde borriquillo cargado de cacharros ó de legumbre...

* *

Con esta digresión de los coches mecánicos, que por ahora no se han aparecido en Madrid sino á título de curiosidad y rareza, me he olvidado del polo. Para los que no conozcan este juego, diré que es una especie de partido de pelota á caballo. Los jugadores se dividen en dos bandos, y cada jugador, al pasar galopando cerca de la pelota, trata de llevársela hacia su terreno; pero viene el del bando contrario, y deshace la obra del anterior; y así, arreatándose la pelota, ejecutan vistosas evoluciones, que recuerdan las *fantasías* de pólvora de los árabes. Para este juego se necesita montar con maestría, y tener una gran flexibilidad de riñones, pues hay que inclinarse mucho sobre el costado del caballo y recobrar el equilibrio instantáneamente, so pena de ser despedidos. He presenciado algunas costaladas terribles. También requiere el polo buen pulmón y resistencia, es ejercicio en sumo grado violento. No hay necesidad de decir que todas estas habilidades peligrosas y reventadoras nos las envían de Inglaterra. En ese país se aspira á dar á la juventud fuerza, vigor corporal, desarrollo; á formar un animal humano hermoso y robusto, aunque sea á costa de trompazos, encontrones y caídas, de fatigas y fracturas de miembros... Aquí el polo se juega por moda. Los inteligentes aseguran que las jacas que se emplean en Inglaterra para este juego son maestras y excelentes; que se juega siempre con trajes *ad hoc*, y no con la caprichosa y variada indumentaria que aquí; pero los que sólo aquí lo hemos visto, encontramos divertida y animada, aun con jacas baratas y con trajes heteróclitos, esta lid de arrojo y destreza, tan á propósito para habituar á la juventud á que desprecie el peligro; para *desenervarla*.

Tiene además el polo algo que recuerda los antiguos torneos: la presencia de la mujer, su aprobación, su aplauso. La caza es de suyo insociable; la equitación lo mismo; otro tanto podría decirse del *foot ball*, que aquí, por otra parte, no ha cuajado ni lleva trazas de cuajar nunca. El *tennis* es cosa más bien infantil, aunque lo jueguen algunas señoras por lucir el talle; en las carreras, los que toman parte activa en el espectáculo son *jockeys*, gente mercenaria. En el polo, los jugadores son caballeros, y las que presencian, señoras de su misma sociedad, sus hermanas, sus madres, sus novias, sus amigas; y á la cabeza de las damas mironas figura nuestra más deci-

dida *sportswoman*, la infanta Isabel. No separa á los jugadores y al público sino una ligera valla de tablas, y por algunas partes sólo una depresión del terreno, y la infanta, en su vehemente afición, se acerca tanto que está á riesgo de que un caballo la arrolle. A mí me agrada del polo su fondo de paisaje. Es un fondo de tapiz goyesco, sobre un celaje azul claro y limpio, con ligeras nubecillas de un blanco algodónáceo, árboles de un verdor mate, de una forma elegante y majestuosa, se apiñan ó se perfilan aislados sobre las escuetas colinas, por cuya ladera baja disperso un rebaño de ovejas negras, pardas, amarillentas, y á cada sombra un grupo de gente del pueblo, mirando cómo juegan los señoritos, merienda alegremente.

En estas últimas partidas de polo hubo algunas carreras de carácter humorístico, con paraguas abiertos, cigarros encendidos y otros adornos extraños al juego en sí, pero encaminados á darle variedad y á demostrar mayor destreza y agilidad en la equitación. Estas *rositas* me recordaban ciertas habilidades propias del toreo de Rafael Guerra. Lo más lindo fué la carrera en *tandem*. El caballo casi en pelota, sujeto por sutiles riendas y galopando delante del jinete que le regía, al par que regía su montura, hacía excelente efecto. Algunos caballos marchaban bien, derechos como flechas, siguiendo el impulso; otros se desviaban, indóciles; alguno rompió las riendas y se fué por los cerros fronterizos, siendo bastante difícil darle alcance...

Lo que me pareció más característico en esta diversión tan inglesa, lo que yo hubiese apuntado en mi cartera, si soy dibujante, fué las siluetas de dos niños, mejor dicho, de un muchacho y una muchacha de la más alta aristocracia española, pero cuyos trajes se veía que acababan de llegar en derecha de Londres, oliendo aún á nieblas, á humo, á violeta y á *fashion*... Era el vestido de la niña negro, de una tela brillante, crespada y sedosa, plegada de alto á bajo como una pantalla fina, y con mil juegos y rieles de luz en aquella negrura parecida á la piel lustrosa de un caballo. Un inmenso cuello de encaje color Suecia y una descomunal pastora verde completaban la *toilette*. Las largas piernas de la muchacha, calzadas con media de seda negra, y los pies grandes, bien puestos, holgados dentro del zapatón de charol, de forma eclesiástica, remataban airosamente la silueta. En cuanto al muchacho, con su ajustado *peti* negro y su sombrero alto de felpa, con sus pantalones anchos por la rodilla y su talle corto arcaico, me recordaba el característico traje de los mozos de escuadra de Cataluña, copiado de un uniforme inglés de principios de siglo. Los dos hermanos eran una acuarela de Kate Greenaway, clavadita; eran la anglofilia, nota suprema del buen tono actual... hasta que venga á destronar á la *nebulosa Albión* la sombría Dinamarca, ó sabe Dios si la helada Rusia... El que viva lo verá, y quizás contemplará á los hijos de los duques venideros adornados con pieles de foca ó con la *tulupa* moscovita.

EMILIA PARDO BAZÁN

DECADENTES

Un joven escritor ruso pidió al conde Tolstoi su opinión sobre los «decadentes.» De la extensa respuesta del autor de *Anna Karenine* reproducimos las siguientes declaraciones esenciales:

«Tengo sobre ese asunto una teoría mía propia; llamo *decadentes* no sólo á los jóvenes literatos á quienes ya se ha dado ese título, sino á todos los escritores contemporáneos.

»Todos merecen el nombre, porque en el arte, tal como ellos lo comprenden y lo ejercen, no hay más que *la forma*. Han llevado á tal extremo ese cuidado por la forma y la técnica del estilo, que sus obras parecen hechas por «oficio;» el lector, deslumbrado, no ve más que la falta absoluta de ideas.

»Hay que reconocer que nuestros autores contemporáneos saben influir poderosamente sobre la imaginación del lector; si describen un personaje que se viste para asistir á una comida, parece que estamos viendo el frac y la corbata blanca. Pero no les apasiona su trabajo de escritor, no tienen nada en el alma.

»Estas mismas observaciones se pueden aplicar á todos los ramos del arte contemporáneo. El arte no es ya cosa seria, como lo era en la antigüedad.

»Y á pesar de todo, se venden mucho las obras de nuestros escritores.

»Pero sus novelas y sus dramas no satisfacen sino á una clase muy limitada: á los que encuentran en esa forma del arte las vanidades de su agrado.

»En ese carácter excepcional del arte moderno es donde encontró la prueba más terrible de la decadencia.» — X.



PRIMER RETRATO A AGUA FUERTE
POR REMBRANDT
4 de Julio de 1628

LOS RETRATOS DE REMBRANDT

4 de julio de 1628

Retrato de la madre de Rembrandt, hecho al agua fuerte por el célebre pintor y acuafortista. Sus propios retratos y otras obras.

Veinte años de edad contaba el inmortal hijo de Leyden, cuando hizo el primer grabado al agua fuerte, arte en la cual no había de ser superado y por escasísimos artistas igualado, y aun así en muy contadas ocasiones.

Al conmemorar hoy con el presente artículo el retrato que hizo Rembrandt de su madre, lo hago por dos razones que creo poderosas: la primera, por ser dicho retrato el primero que grabó; la segunda, por que quiero traer á la memoria de muchos de los lectores de LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA el recuerdo de algunas de esas obras maestras del buril que Rembrandt creó, y que son hoy, al igual de los lienzos *Ronda de noche* y *Lección de Anatomía*, admiradas y ensalzadas. Por otra parte, bien merece el grabado al agua fuerte ocupar una página en este semanario, puesto que es el único procedimiento gráfico verdaderamente artístico, erizado de dificultades técnicas y en donde con la frescura de la idea ha de ir la espontaneidad de la ejecución. No caben, pues, los arrepentimientos, las veladuras ni tantos otros recursos de que se vale el pintor para corregir la línea y el claroscuro; en el grabado al agua fuerte, como en el dibujo á la pluma, lo que no esté bien «de primeras» no tiene enmienda. La obra hecha en esas condiciones es la que mejor determina el valor de la personalidad del artista.

*
*
*

Dice Michels en su libro *Dos grandes artistas*, al estudiar á Rembrandt como grabador al agua fuerte: «La primera que estampó y que alcanzó los honores de la celebridad fué el retrato de su madre. Como si quisiera consagrar á la persona que le era más querida las primicias de su nueva habilidad, mejor dicho, de la nueva manifestación de su talento prodigioso, traza con mano firme las facciones de la que le diera el ser, legando así á la posteridad una obra de arte. Reprodujo en muchas pruebas esta venerable figura, y con cariño verdaderamente filial dedicó largo tiempo á corregir la mejor, y que debía quedar para hacer eterna la fina y bondadosa fisonomía.»

Fué ofrecida esta obra por el autor á su madre el día 4 de julio de 1628.

A partir de ese retrato, Rembrandt busca en sus amigos motivos para seguir estudiando el difícil arte, y en efecto, «á pesar de la sobriedad de los medios empleados por el artista, la variedad del trabajo, la hábil gradación de las tintas, según se lo exigían los distintos planos, hacen que aparezca ya en las primeras aguas fuertes de Rembrandt la exacta idea de la perspectiva aérea.»

La obra del insigne hijo de Leyden es enorme, más numerosa que la pictórica y no menos famosa. Solamente de retratos suyos se conserva aún hoy número grande, pudiendo apreciarse por dichos retratos las transformaciones físicas de su rostro y también de gran parte de su figura hasta poco tiempo antes de su muerte.

Los hizo de sí propio riendo, con expresión de espanto, con bigote y perilla, llorando, riñendo, vestido con una armadura, vestido á la oriental, etcétera. Ya casado con su primera mujer, grabó también su imagen y la de Sakia bastantes veces. Seguramente que mis lectores no desconocerán la famosa agua fuerte en la cual se retrató el artista sentado, levantando con la mano izquierda un vaso de vino espu-

moso — más que vaso, lo que llaman *boock*, aceptando la palabra sajona, — teniendo sobre las rodillas á su esposa, á quien ciñe la cintura con el brazo izquierdo. Antes de esta agua fuerte trazara otra en la que aparecen él y Sakia sentados ante una mesa.

Mas con ser estos grabados obras imperecederas, las que alcanzaron fama universal, levantándose algunas de ellas á la categoría de grandes obras maestras, comenzólas á grabar Rembrandt en 1634. De este año data la serie de sus famosísimas planchas. Desde 1631 en que grabó la conocida por *Diana*, figura de pesados contornos, de vulgares facciones, que acusa las escasas disposiciones de la fantasía del artista para remontarse por los cielos donde vagan las deidades mitológicas, pero que al propio tiempo demuestra cuán grande era su dominio del arte de Lucas de Leyden, hasta el citado año de 1634, se opera una evolución total en el grabador.

La Pasión de Jesucristo le ofrece, al par que la Biblia, asuntos que desarrollar con el buril. De las primeras planchas de esta serie es la que representa *El Descendimiento*; á ésta sigue la que representa á *Jesucristo asomado al balcón de la casa de Pilatos*. Por los años en que grababa estas aguas fuertes hizo el citado grupo en el cual aparece retratado abrazando á su esposa. Sigue la hermosísima composición de *La resurrección de Lázaro*, prodigio de dibujo, de observación psicológica, de dominio de la luz. En 1639 ejecuta la no menos celebrísima plancha que representa *La muerte de la Virgen*, y en la que, á la disposición de la escena, á la asombrosa distribución de la luz, á la firmeza de los contornos, hay que agregar la expresión de aquellas figuras cuyos rostros diminutos tienen toda la fuerza de sentimiento que puede tener un rostro en el cual el artista halla suficiente espacio para no escatimar un solo rasgo, un solo toque del pincel, una sola línea que pueda contribuir á expresar el dolor.

Nueve años más tarde, esto es, en 1648, y precisamente en este mes de julio, grabó la más famosa de sus planchas de carácter bíblico y religioso; me refiero á la conocida por la *plancha de los cien florines*, así denominada por haber exigido, según cuentan, que el pago de su obra fuese con aquella cantidad de florines de oro necesarios para cubrir la plancha. *Cien* se necesitaron para satisfacer la pretensión de Rembrandt.

También esta preciosa agua fuerte la recordarán mis lectores, pues se ha reproducido miles de veces y es una de las más populares del insigne maestro. Representa á Jesús curando á los enfermos.

Realmente es esta obra prodigio de arte y de sentimiento, dentro del realismo mayor. Cristo aparece en el centro de la composición, sencillo, piadoso, con una expresión de dulzura infinita, extendiendo la mano hacia un enfermo, que delante casi de Él y auxiliado por sus parientes se ve tendido sobre una estera: parece muerto. A la izquierda de Cristo mírase á los incrédulos; aquella multitud de fariseos, publicanos y gentes de toda condición, entre la que sobresalen tipos de un egoísmo indudable, mira con curiosidad al Redentor del mundo y cuchichea, ya pintando el asombro en las caras de unos, ya la incredulidad en las de otros, ya la ira. A la derecha están los que tienen fe, y entre éstos los enfermos que acuden conducidos por sus deudos y amigos al Médico Divino. Como en el grupo de la izquierda, los sentimientos que animan á cada uno de los personajes están clara y magistralmente expresados.

*
*
*

— Pero con ser las aguas fuertes que dejo apuntadas obras de tal merito, yo creo con algún biógrafo y crítico de Rembrandt, que las que trazó frente á

frente del paisaje holandés, son las más dignas de estudio, las más sinceras, las que nos revelan el estado de ánimo del gran artista en el último tercio de su vida.

El molino de viento, *El canal*, *Vista de Onval* y otras aguas fuertes de esta índole parecen estudios de paisaje, hechos hoy por los realistas del pincel, frente á frente de la naturaleza. Pero hechos con el corazón, no con la fría é inflexible línea del copista servil, que no escamotea un solo detalle, que no ve más que la imagen del objeto reflejada en su retina. Bien al contrario, si fiel á los mandatos de la verdad, el espíritu angustiado del excelso hijo de Leyden busca en las melancólicas llanuras de su país el motivo simple, sencillo, exento de brillantesces de claroscuro, de gigantescas masas, de dramático aspecto; el motivo, en fin, donde no se escuche ni el rugir del mar, ni el bramar del viento en el espeso bosque, ni el torbellino ensordecedor de la cascada, ni siquiera el piar de las aves. En la mayor parte de sus bellísimos paisajes parece «escucharse» el silencio y se ve la opaca luz del melancólico otoño; que para un alma dolorida los rayos del sol equivalen á risas, á las notas alegres de una orquesta; mientras que la luz de un día en que no luzca el astro rey, de un día con brumas y nubes, es sedante del espíritu.

Por eso las catedrales de la Edad media, con sus altas y anchas naves sumidas en eterna penumbra, en perdurable obscuridad, predisponen al alma para elevarse á las regiones del infinito; pues la obscuridad es el silencio del espíritu.

R. Balsa de la Vega

VALOR DEL CANON HORACIANO

RELATIVO AL POÉTICO SENTIMIENTO

(Conclusión)

PERÍODO PRIMERO

«No basta sean perfectos los poemas; gratos sean, y adonde quieran lleven el ánimo del oyente.»

ANÁLISIS. — Como se ve, este primer precepto va derecha y exclusivamente á los autores, y, sin embargo, con ser éstos los creadores del poema, él, Horacio, no les recomienda que *sientan* el poético argumento. Por «perfectos» traduzco el plural «*pulchra*,» reflexionando que las otras acepciones, las de «hermosos», «bellos», «excelentes» caerían en redundancia y, además, en carencia de sentido, contrapuestas como irían á «*dulcia*,» bien se traduzca este plural por «dulces», bien por «gratos.» Un poema hermoso, bello, sea perfecto ó imperfecto según reglas técnicas, lleva ya en sí mismo los menesteres esenciales de la eficacia para mover adondequiera, á lo dulce, á lo amargo, á lo ácido ó á lo salado, el ánimo del oyente; en cambio, poemas técnicamente perfectos pueden resultar — y no pocos resultan — verdaderas carretadas de ripio, tanto más ridículas cuanto más regiamente empenachadas van las mulas que del carro tiran. — Así, lo que resulta claro en este primer par de melodiosos versos, es la obscuridad de ánimo del gran cantor acerca del tema de su propia canturía. — Si yo, ignaro de mí, me diese el lujo de criar Pisones, dijérasles en llana prosa: «No basta que los poemas sean perfectos según regla; inspirados sean, pues con esto llevarán adonde quieran el ánimo del oyente.» — Ahí, en la inspiración del autor están el *origo et fons* del sentimiento artístico y del consiguiente poder emotivo de la obra; mas, por desdicha, no dice Horacio una palabra del estro creador al dirigirse por esta sola vez, en todo el pasaje, á los autores.

PERÍODO SEGUNDO

«Como á los risueños sonrñen, así á los llorosos atienden
Los humanos rostros»

ANÁLISIS. — Esta oración, meramente expletiva de la anterior, acaba de poner al descubierto lo baladí del analizado período. En efecto, un poema ha de ser expresivo, ¿de qué? ¿Sólo de dulzuras y agrados? No: la obra de arte puede expresar todo lo humanamente expresable, grato ó ingrato, dulce ó amargo, risueño ó lloroso, cómico ó espeluznante; con todo lo cual el período que analizamos, sin decirnos cosa digna de examen, deja más en evidencia que el «*dulcía*» del primer período no es más que un ripio *ritmico*, de los que se dan, y no por raro caso, en los clásicos antiguos, y más ridículo aún si cabe que el moderno ripio *rimico*, nueva plaga de la versificación, añadida á la añaña.

PERÍODO TERCERO

«.....Si quieres hacerme llorar, padece
Antes tú mismo; entonces tus infortunios me lastimarán,
Telefo, ó Peleo: si mal lo encomendado declamares,
O bostezaré, ó me reiré.»

ANÁLISIS. — Aquí sorprendemos en sus nativas condiciones de lugar y relación el célebre apotegma. Estudiémoslas:

La primera condición, por más visible, es que el decantado «*Si vis me flere, dolendum est primum ipsi tibi*» resulta, en cuanto sentencia, canon ó lo que se le quiera llamar, un mero recorte de dómynes retóricos; puesto que, según antes consigné, en el texto íntegro no constituye individualidad gramatical ú oración completa: condición lógica de todo pensamiento sentencioso, aforístico, apotegmático. Tomada aisladamente la intimación, parece como que el tuteo «*Si vis*,» «si quieres,» va enderezado, aunque por tablas del mayor de los Pisones, á todos los poetas ó artistas creadores del mundo; empero, leída la total oración, se le cae á uno el alma á los pies al advertir que, pasado el signo de punto y coma, el pensamiento del autor se achica y empobrece, trocándose el tal «*Si vis me flere*» en trasnochada recomendación dirigida á los actores, ó sea, á los artistas-intérpretes encargados de declamar aquello que el poeta les hubo de repartir *ya sentido de hechuras*. — ¿Quiénes son, si no, esos Telefo y Peleo? ¿Serán acaso los propios soberanos, hijo de Hércules el primero, padre de Aquiles por sus amores con la divina Tetis el segundo, cuyos infortunios Eurípides elevó á trágicos argumentos? Eso ni debemos ni podemos creerlo: no debemos, porque el Arte poética no reza con los infortunados, sino con los poetas cantores de éstos y de sus cuitas; no podemos, porque el inciso «si mal lo encomendado declamares» revela que el advertimiento va flechado á comediantes, y hasta cierra el paso al supuesto de que, ni por semejas, aluda á los autores. — De forma que, para Horacio, no son los creadores de poemas los que deben sentir, si quieren lograr que él sienta; son única y taxativamente los ejecutantes. Sepan, pues, Calderón y Shakespeare, Mozart y Bellini, sepan, digo, que ninguna obligación tuvieron de sentir sus creaciones; á Julián Romea y á Rossi, á la Malibrán y á Paganini, á esos, á esos hay que cargar la mano en concepto del gran lírico venusino, trocado en preceptista; á ellos exige que sientan de verdad aquello que de encargo representan. ¡Habrás visto mayor desconcierto dogmático, por no decir más garrafal omisión de dómine! ¡Gran cosa es en poesía y en música la tarea de intérprete! Pero ¿y la de creador de la obra interpretanda? ¿No es ésta anterior y superior, además de condición del ser y sentir, respecto de aquélla? Mas no para aquí la insolvencia de nuestro inmortal acreedor. Veamos qué condiciones de previo sentimiento declamatorio exige á los cómicos para no bostezarles ó refreles en las barbas.

PERÍODO CUARTO

«.....Tristes palabras
Afligido semblante requieren; airado las amenazadoras;
Retozón las lúbricas; severo las de grave concepto.»

ANÁLISIS. — Este período, á despecho de su carácter expletivo ejemplar, resulta escapado por la tangente. En efecto, á nuestro autor, intentando señalar casos de congruencia entre cada particular sentimiento y su natural expresión, le salieron desatinados, como de la honda la piedra, ejemplos — fuerza es verlo para creerlo — de congruencia entre la palabra y el semblante, es decir, entre dos, y dos solos entre los varios modos expresivos de un determinado sentimiento. Pero aun no paran ahí las enormidades contenidas en tan ripioso pasaje, todo él sometido á la métrica altisonancia; lo más absurdo, á poco que

uno se fije en el texto, es lo fútil y excusado del precepto que, á favor de los consignados ejemplos, se da á los actores, ó sea, el de que el tono y el gesto anden concordantes. La vaciedad, la ridiculidad en que Horacio cae con tal motivo no halla atenuación ni excusa en ninguna consideración de tiempo ni de lugar, ni en otro elemento circunstancial que pueda inducir quebranto en el mérito relativo de un determinado texto. No un esclavo de la antigua Roma, no un paleta actual, no un negro del Congo, no un chicuelo hotentote, no una fregona prehistórica, si las hubo, sino cualquier irracional, capaz por un momento de entender el precepto horaciano, haríase cruces, y se reiría, á mandíbula batiente, de Horacio y de su consejo, por parecerle imposible hallar manera y arte de faltar á tan instintiva congruencia, así en sus gazmoñerías como en sus fierezas, y lo mismo para con sus compadres de irracionalidad que respecto al hombre; pues en materia de correlaciones de expresión, el más ínfimo de los seres animados trae prestablecida *a natura* la conveniente armonía; siendo, muy al contrario, lo raro, lo arduo, lo necesitado de increíbles esfuerzos, el llevar discordantes para cada afecto del ánimo sus diversos elementos de expresión. ¿Quién ha visto á un hombre anunciar con cara de entiero el haberle caído á su billete el premio gordo, ni á perro ni gato poner ademán arisco para pedirnos en zalamero tono la apetecida golosina, y todo por no haber tenido ni aquél ni éstos la dicha de leer los dos últimos dactilo y espondeo del verso 105 y la totalidad del 106 y del 107? Basta, porque insistir en ello podría tomar visos de ensañamiento.

PERÍODO QUINTO

«Pues naturaleza nos formó de antemano dispuestos á toda
Suerte de eventos; ella nos ayuda ó impele á la ira,
O nos aterra con grave aflicción, y acongoja;
Luego el movimiento del ánimo sale fuera, intérprete la lengua.»

ANÁLISIS. — Desde el primero de estos cuatro versos, parece como que su autor va á remontar el pensamiento para decirnos algo digno de ser leído y aplicado; mas luego se ve que su Musa no estaba para tales remontamientos, pues persiste en su habitual divagatorio rastreo. Porque, en efecto, si cierto es, de una parte, que nadie viene al mundo con ideas innatas, certísimo resulta, de otra parte, que todos traemos á la vida, como dote natural, un aparejo completo de innatas aptitudes, merced á las cuales resultamos acomodaticios á toda suerte de suertes y á todo linaje de consiguientes situaciones. Empero ahora preguntémosnos: ¿qué consecuencia saca Horacio de la posesión de ese congénito aparejamiento para la ira, la esperanza ó la angustia y para la correlativa expresión de estos y tantos otros afectos, mediante, no sólo la lengua, pero asimismo el rostro y los brazos y hasta los pies y todo? ¿Qué consecuencia, repito, saca de ello nuestro poeta en su sermón? Pues ninguna: véanse, si no, los dos versos que, en guisa de epifonema, siguen á los cuatro de referencia y ponen término al total pasaje, objeto del presente comentario:

PERÍODO SEXTO

«Si del declamante los dichos discordaren de las situaciones,
Los romanos, caballeros y plebeyos, soltarán la carcajada.»

Y en verdad que para uno soltarla ante tamaño exabrupto no necesita ser romano de caballería ni de á pie, bástale con haber nacido en el planeta y conservar en buen estado el sentido común. ¡Fortuna que para no soltarla hay de sobra con el respeto debido al autor de tantas y tan pulcras é inspiradas cantilenas!

Hubiera el gran lírico aplicado en algún modo su tesis fisiológica al proceso artístico de la sentimental expresión; hubiera dicho, poco más ó menos, y con aquel su hermoso inimitable decir: «Pues Naturaleza nos formó de antemano dispuestos á toda suerte de eventos y situaciones, y provistos además de imaginación idónea para representárnoslos y expresarlos con fingida naturalidad, aun sin haber realmente pasado por ellos, no será preciso que nos sintamos poseídos de ira si nos fingimos airados, ni de aflicción si afligidos, ni de celos si celosos, ni de odio si rencorosos, ni de amor si enamorados, sino que nos bastará imaginarnos con extrema eficacia estar sintiendo el particular afecto que el argumento requiera para que aquél arroje á nuestro exterior su poética expresión natural y perfecta...;» hubiera Horacio, repito, emitido semejante concepto, y entonces el criticado párrafo transformábase de intempestivo é inútil enunciado fisiológico en oportuno y fecundísimo precepto poético, derivado del fisiológico principio. Por manera que, en tal supuesto, la ya analizada intimación

Si vis me flere, etc., quedaba convertida en esta otra que, de puro artística, no tiene vuelta de hoja: «Si quieres que yo llore, compóntelas para lograrlo, que no te he de poner por justicia, no habiendo juez competente para inquirir lo que realmente pasa en tu corazón.» Empero, creo que el lector convendrá conmigo en que si el ilustre pedagogo de los Pisones hubiera tenido tan clara idea del tema que se traía entre sesos, no hubiese dado muestras de tenerla tan vaga y obscura y destartada en los demás extremos del total examinado pasaje, sino que en todo él nos hubiera dado algo más que la serie de bagatelas y nonadas puestas en música de aforismos, que compone el mosaico de preceptos, ó mejor dicho, de ripios de concepto, cuyo análisis doy aquí por terminado.

En suma, pues, digo que de los seis períodos sujetados á crítica, *el primero*, dirigido á los autores, calla en lo relativo al sentimiento; *el segundo* contiene simples referencias á las relaciones simpáticas de expresión en la vida ordinaria; *el tercero*, intentando recomendar á los actores el poético sentir, recomienda el mantenimiento de la concordancia declamatoria entre los elementos expresivos verbal y mímico, difíciles de poner en discordancia por ser instintivo su concordar; *el cuarto* es sólo un expletivo ejemplar del anterior, que confirma y agrava la insubstancial incoherencia de los períodos anteriores; *el quinto* hace una simple consignación intempestiva, aislada, estéril, de nuestra aptitud para todo sentimiento real y su correlativa expresión, y, finalmente, *el sexto* se reduce á un epifonema sin relación alguna con el período quinto, y mero colorario, asaz excusado, de lo dicho en el tercero y ejemplificado en el cuarto.

Y, sin embargo, ¡qué prestigio no ha logrado, qué extremo de veneración no ha merecido á través de los siglos tal sarta de vaciedades y simplezas! ¡Qué lengua, lector mío, la romana para dar á lo más frívolo la gravedad de sentencia! ¡Y qué forma tan eminente en todas lenguas la métrica para hablar y escribir sin ton ni son al amparo de bellos tonos y sones! ¡Cuidado con la sonoridad y la elegancia de todo el analizado fragmento del *Arte Poética*! ¡Cáspita con aquel principio, casualmente rimado y todo:

«Non satis est pulchra esse poemata; dulcia suntu,
Et quoquomque volent animum auditoris agunt!»

Y ¡carambita con aquel final:

«Si dicentis erunt fortunis absona adicta
Romani tollent equites peditesque cachinum!»

Empero la verdad es — y vaya ello en razonable y personal descargo del buen Horacio — que buscar profundidad en las obras de un poeta lírico, de pura raza como él, es pedir cotufas en el golfo. Por regla casi absoluta los vates de esa vaporosa estofa llevan en su propia vocación algo de *insubstancialidad invencible*, y ello se explica por sí solo; pues, bien mirado, natural es que quien siente vocación de imitar á los pájaros en el cantar, pajaree asimismo en las demás ocupaciones de la vida, dando pie á que de él se diga que le falta de sabio lo que le sobra de rui señor. A bien que yo no puedo creer que Horacio se desconociera á sí mismo hasta el extremo de atribuir á su *Arte Poética* igual valor que á sus poesías líricas. En diversas odas el rui señor de Venusa da muestras, y con razón, de gran fe en su póstuma gloria; mas, como preceptista, de fijo no sospechó que aquel su desahogo, entre didáctico y satírico, dedicado á los Pisones, sobre materia que ni dominaba ni estaba en su temperamento genial dominar, llegase á ser el delirio y hasta la peste de las generaciones futuras, en fuerza de verdaderas plagas de traducciones alevosas, imitaciones serviles y comentarios estúpidos. Horacio, sin duda, creyó que, para lo muy torpes que eran sus coetáneos latinos en materia poética, aquello bastaba. Compúsole como pasatiempo, y por gusto y caridad de sentar la mano y parar los pies á tanto poetaastro y tanto comediante ramplón como infestaba la por entonces capital del mundo.

Mas lo que Horacio no pudo creer es que, pasados tantos siglos, todavía la posteridad se encarnizara en su honor, traduciéndole, robándole, remedándole el *Arte Poética*. ¡Qué pasmo no sería hoy el suyo si pudiera enterarse, pongo por caso, de que un tal Boileau, natural de las Galias, perpetraba en 1674 una imitación de aquella obra, en mil y cien aleluyas alejandrinas, freídas con enjundia de *bon sens bourgeois* y adecuadas para corear alegremente un *cancán* de Mabile, con gran delectación de los modernos galos, que no se cansan de reimprimir y anotar y escoliar el texto de tan alevoso remedo! Pero, ten-



¿VENDRÁ?, dibujo de Narciso Méndez Branga

te pluma, que para los efectos de quedar, por el momento, bien con los manes de Horacio, ya es suficiente lo dicho, y no hay para qué pecar de sobrados.

* *

Quedemos, pues, en que la insubstancialidad del gran lírico romano, en cuanto preceptista, lejos de causarnos extrañeza, antes al contrario, debe pare-



EL GENERAL D. LUIS PANDO

cernos la cosa más natural; y que lo extraño, sí, y rayano en pasmoso, es ver la duración realmente ultragalénica que en la posteridad ha obtenido el reinado de Horacio como legislador artístico.

Y respecto de la presente crítica, asísteme el derecho de que nadie por ella me tilde de iconoclasta, ya que este reproche ó mote debe ser reservado para aplicarlo á quien tenga por oficio ó vicio poner tachas en las obras de ilustres varones, y esto no reza conmigo que, si hoy me permito zaherir, en cuanto preceptista, á un gran poeta, como quizá nadie hasta el presente le ha zaherido; ayer, en cambio, me esforcé, como nadie anteriormente se había esforzado, en reivindicar en favor de un gran médico el derecho á ser reconocido como pedagogo perpetuo, como educador directo é insustituible de los descendientes de Esculapio, á despecho de los progresos y mudanzas consumados y posibles del Arte de curar (1). Quien, pues, tan pronto ejerce de *iconoplasta* como de *iconoclasta*, no es, en verdad, ni lo uno ni lo otro, ó es, si se quiere, entrambas cosas, que para mi caso lo mismo da. — Vea serenamente el lector si en lo que del analizado fragmento dejo dicho tengo ó no tengo razón; esto es lo que importa; y si algún *santonícola*, por mero histerismo nacido de idolatría contrariada ó de terquedad empedernida, se atreviere á acusarme públicamente de hereje literario, con la agravante de intruso, piénselo antes maduradamente, no fuera con ello á excitarme el apetito de extender mi análisis á los 476 versos de que consta la total *Epístola ad Pisones*.

* *

Y ahora, vista la inanidad del Código tradicional del Arte en lo tocante á doctrina del poético sentir, recurramos al seguro asesor del verdadero curioso: interroguemos á la Naturaleza.

JOSÉ DE LETAMENDI

EL PLACER DE LA MENTIRA

Aunque idénticos en rostro y figura, como hermanos mellizos que eran, sólo en lo exterior se parecían Pedro y Juan, pues no hubo jamás caracteres tan opuestos en cuerpos tan iguales. Queríanse muy bien desde lejos, y de cerca reñían de continuo, porque Juan se pasaba la vida soñando y Pedro á vueltas con el cálculo mercantil. Aquél pretendía serlo todo; éste no más quería que ser rico, y cada cual se hacía sus ilusiones; sólo que las de Juan no tenían límite

(1) Véase mi *Curso de Clínica general*. — Tomo I, desde el prólogo inclusive hasta la página 112.

y las de Pedro se circunscribían á la adquisición de fortuna. ¿Qué haría después con ella? Eso quedaba para luego. ¿A qué pensar en dar empleo á lo que no se tiene?

El idealismo de Juan hacía reír muchas veces á su hermano, y el positivismo de éste era la desesperación del otro.

— ¿Cómo ha de llegar Juan á realizar sus ilusiones, decía Pedro, si malgasta todo el tiempo en sus delirios?

— ¿Cómo ha de hacer fortuna Pedro, decía Juan, si no le alienta la ilusión?

No había, pues, entre ellos avenencia; mas como el uno al otro se compadecían, mutuamente se obstinaban en persuadirse.

Trataba Pedro de convencer á Juan de que quien se pasa los días soñando no disfruta las dichas verdaderas, con lo que, si á la postre quedan por realizar sus sueños, puede decirse que desperdió como insensato la vida. «De éstos — decía él — nacen los mal-dicientes de la fortuna, y los suicidas, y aun los lo-



D. BALDOMERO BARBÓN, comandante del batallón de Baleares, ascendido á teniente coronel por su comportamiento en la acción de Cácarajícara.

cos, porque soñar despierto es vicio de la mente tan cercano de la locura que con ella se confunde si sueñan los ilusos en voz alta.» No entendía Pedro lo que afirmaba Juan de que el deseo de abarcarlo todo es codicia propia del genio, ni que la superioridad en el hombre vaya en unión del exceso de fantasía; porque si la mayor parte de los sabios empezaron por locos para el vulgo, no todos los locos fueron al fin reconocidos como sabios.

Y aunque todas estas razones iban encaminadas al mejoramiento de Juan, como surgidas del deseo de evitarle una vida infeliz y tal vez un fin desastroso, nunca hubo forma de que modificasen ni en cosa mínima aquel carácter visionario.

— ¿Es posible la vida sin idealismos?, preguntaba el iluso. El que aspira á figurar en política sueña con ser redactor de un periódico y se despierta de presidente del Consejo. Tú mismo, Pedro, ¿no sueñas con ser rico? Pues ya ves cómo eres idealista; sólo que yo no te lo censuro, porque si te encuentras con aptitudes para millonario no me parece inútil que te hagas la ilusión de que lo eres: al menos adquirirás la costumbre de serlo para cuando lo seas. El positivismo no existe en el mundo. Aun el que sólo disfruta con el grosero placer de la comida, piensa en los manjares que más tarde ha de paladear, y le parece que con anticipación los gusta.

Tampoco impresionaban á Pedro estas razones: él decía que una cosa es apetecer y otra gozar con la ilusión de que se logró lo apetecido. Y con aportar nuevos argumentos, y con oponer nuevas defensas, acababan los hermanos por reñir, jurando no volver á ocuparse el uno del otro y hasta mudarse de casa y de ciudad, lo que, después de muchas discusiones, llevaron á efecto.

Pedro emprendió un viaje, compadeciendo á su hermano y en busca de negocios, y Juan permaneció en la corte en persecución de la fama y soñando con ella.

La suerte no les fué propicia y ni uno ni otro realizaron sus esperanzas.

El idealista, ya viejo, vivía en un miserable piso cuarto y convertía á duras penas en dinero algún artículo literario ó alguna obra teatral del género

chico. Esto y un modestísimo destino le habían producido sus ilusiones.

No se daba por vencido á pesar de todo: sentíase grande dentro de sí; atribuía á la desgracia lo que acaso fué carencia de aptitud, y como algunos lograron su fama en la vejez, él confiaba en su renombre de última hora y aun en su gloria póstuma como postrer recurso.

Una tarde, después de engullirse su mal sazonado cocido, tendióse á la larga sobre tres sillas de las antiguas de Vitoria; reclinó la cabeza en el arrollado gabán, que hizo entonces oficio de almohada, y allá fué su imaginación á volar con el humo de un cigarro de á real la cajetilla.

Comenzó por recordar entre lágrimas sus ilusiones del pasado y vino á soñar con el porvenir, aunque el porvenir y el presente ya en él se confundían.

La obra que por entonces estaba escribiendo apareció en su imaginación con mérito tan grande que se reía él de Calderón y de Lope, y parecíanle Echegaray y Guimerá aprendices de literato. Soñó con la noche del estreno, y no hay que decir si el triunfo correspondía á lo trabajoso de la empresa. Todas las penas de su vida se recompensaban aquella noche. ¡Qué de vítores, qué de aplausos, qué de laureles! Porque como nunca se había admirado mérito mayor, tampoco hubo jamás victoria semejante. Baste decir que el público, no sabiendo qué hacer de nuevo con autor tan ilustre, lanzábase al escenario, entonando la marcha real; alzábale en hombros como á vencedor insigne, y que quieras que no, llevábale



EL PRIMER TENIENTE D. LUIS BURGUETE, muerto en la acción de Cácarajícara

en volandas por plazas y calles, hasta que ya nacido el día, dejábale en su casa, extremadamente satisfecho y bastante molido.

Mas ¿cómo habían de consentir el pueblo ni el Estado que autor de tal mérito tuviese sólo la recompensa metálica del miserable tanto por ciento, suficiente sin duda para los autores dramáticos de menor cuantía? El gobierno le asignaba una pensión soberbia, é iniciábanse suscripciones en todos los círculos, adonde iban á parar las más de las fortunas. Como remate, coronábale la nación oficialmente, haciéndole marchar por entre soldados en fila, y con acompañamiento de ministros, generales, académicos, diputados, senadores, maceros de la Diputación provincial y guardias de Orden público.

¡Qué ovación á la vuelta, cuando él salía de palacio ceñida la frente con el laurel de oro! No eran ya vítores, sino rugidos; ya no era lluvia de flores, sino chaparrón de ellas. Ni quedaba paloma en palomar, ni pajarillo en jaula, ni llanto en las mujeres, ni voz en los hombres. Todo se agotaba, todo... menos el soñar incesante del pobre visionario.

¡Como que tras el éxito y la coronación y la fortuna vino lo de dar empleo conveniente á tan extraordinaria riqueza! Y aquí fué el mudarse, por arte de birlibirloque, la modesta habitación del piso cuarto en suntuosa estancia con vistas á espléndidos jardines. ¡Qué sillas de Vitoria, ni qué gabán por almohada, ni cigarrillo de papel! Sedas y oro se ajaban al peso de su cuerpo, y tabaco habano se trocaba en humo, mientras hacía la digestión tranquila y reposada de faisanes y carne de tortuga.

¡Oh poder misterioso del idealismo! Así como el famoso manchego trocaba los molinos en gigantes y en formidables ejércitos los rebaños, Juan veía las sedas y el oro de sus muebles, y se recreaba con el aroma de su veguero, y hasta paladeaba los dejos de su comida espléndida.

Vióse en el apogeo de la gloria, millonario y feliz; aclamado por los hombres y solicitado por las mujeres, que las más honestas y hermosas se rendían en un minuto á su talante, hallándole ideal y atractivo, y hasta joven por añadidura.

Mas cuando en esto estaba, llamaron de verdad á la puerta, y la realidad se hizo paso.

Salió el iluso á abrir, porque no tenía servidumbre, y vió que quien llamaba era su hermano Pedro, tan derrotado y viejo como él, con un caudal de penas en el alma.

- Aquí me tienes, Juan, díjole Pedro al abrazarle. Vuelvo como salté y te encuentro tan desdichado como eras.

Durábale al idealista algo del gozo de su sueño, por lo que, medio en serio medio en broma, dijo á su hermano:

- ¿Por infeliz me tienes? Pues mira, en este instante acabo de lograr uno de los más grandes éxitos de mi vida. Me he visto aclamado, amado, coronado, enriquecido, y excuso decirte si dichoso.

Pedro creyó que se las había con un demente; pero al convencerse de que Juan no lo era, sino que, como de antiguo, continuaba soñando, mayores fueron su sorpresa y disgusto.

- ¿Cómo?, le dijo. ¿Es posible que en el estado en que te ves y con la edad que tienes te entretengas aún con tus castillos en el aire?

- ¡Ya lo creo!, respondió Juan. Yo he sido muchas veces jefe del Estado, sabio profundo, escritor insigne: cuanto en la tierra puede el dichoso ser. Es cierto que lo he sido soñando; pero ¿no he gozado más aún que si lo fuera en realidad? Tú prescindiste en absoluto de los sueños; despierto has vivido, y por eso de verdad infeliz. ¿Y aún me reprendes? ¿Y aún quieres que te imite? ¡Arre allá, Pedro, que yo salí ganando!

LUIS CALVO REVILLA

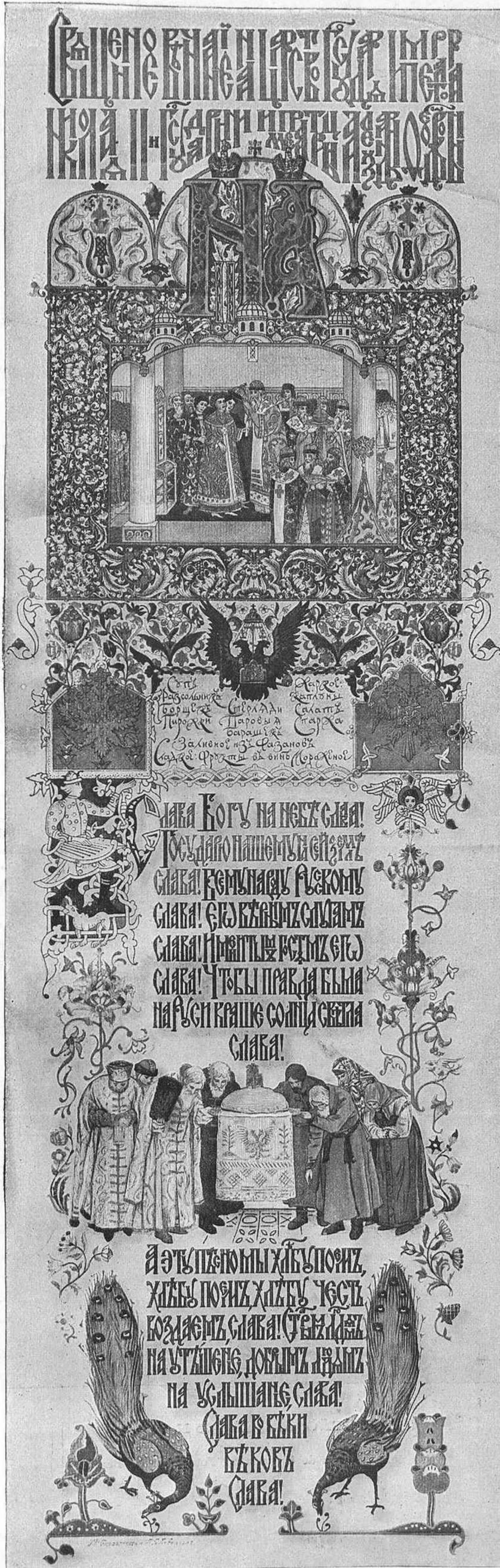
NUESTROS GRABADOS

Bravo toro!, cuadro de Enrique Zo.

- Los trabajos de propaganda de las sociedades humanitarias y todas las censuras de los adversarios de las corridas de toros han sido hasta ahora impotentes para acabar con la llamada fiesta nacional española. No es nuestra misión estudiar el asunto desde el punto de vista sentimental; nos basta para nuestro objeto examinarlo en el concepto pintoresco, y así considerado, no puede negarse que el espectáculo tiene grandes atractivos, ofreciendo notas de luz y de color en abundancia tal, que por mucho que los artistas han explotado el tema no han conseguido agotarlo. Y no son sólo los pintores españoles los que enamorados de los lances de una corrida los trasladan al lienzo; también los extranjeros han tomado en ellos asuntos para sus cuadros, muchos dejando correr demasiado libremente la fantasía, algunos ajustándose á la realidad, copiando concienzudamente lo visto y observado, que basta y sobra para que la pintura halague los sentidos. Entre estos últimos artistas merece ser especialmente citado Enrique Zo, el autor del cuadro que reproducimos: el aspecto de la plaza, el grupo del picador herido y de sus acompañantes, el conjunto del circo, los detalles de las figuras, todo está ejecutado con una fidelidad á que no nos tienen muy acostumbrados los que oriundos de extranjeras tierras tratan de cosas de España.

¿Vendrá?, dibujo de Narciso Méndez Bringa. - Tantas veces hemos elogiado á nuestro constante colaborador, el distinguido dibujante Sr. Méndez Bringa, que por no incurrir en repeticiones, innecesarias cuando se trata de un artista tan conocido y reputado como éste, preferimos suprimir toda alabanza y dejar que nuestros lectores se hagan todas las consideraciones que acerca del dibujo y del autor sugiere la vista de aquella bellísima figura y de aquel paisaje de invierno tan bien sentido y con tanta sobriedad de efectos tratado.

La guerra de Cuba. - El general Pando. El teniente coronel Sr. Barbón. El primer teniente Sr. Burguete.



MENÚ DEL BANQUETE DE LA CORONACIÓN DEL TSAR EN MOSCOU

- El general Pando estaba encargado de la jefatura del 2.º cuerpo de ejército de operaciones en Cuba, que obedeciendo sus órdenes ha realizado tan admirables hechos de armas en aquella isla: su regreso á la península, según unos por disidencias con el general en jefe, según otros para tomar posesión de su cargo de senador, ha dado bastante que hablar, y los políticos y la nación entera esperan con curiosidad oír su voz en el Senado para conocer sus impresiones y su opinión sobre la campaña y la probable terminación de la guerra. El teniente coronel Sr. Barbón mandaba como comandante un batallón del regimiento de Baleares, y por su heroico comportamiento en la acción memorable de Cácarajícara, librada en 30 de abril último, ha sido ascendido recientemente al grado que actualmente tiene. En la misma acción pereció el valeroso primer teniente Sr. Burguete, que sólo contaba veintitrés años: había salido de la Academia de Toledo en 1891 y el año pasado quiso ir de voluntario á Cuba para estar junto á sus hermanos. Recibió el bautismo de fuego en el combate de Descanso del Muerto, distinguióse en las acciones de Bejucal, Lechuza y Guasimas, por los cuales fué propuesto para varias recompensas que le han sido concedidas después de muerto, y en la de Cácarajícara iba de vanguardia al asalto de las fortificaciones de los insurrectos. Dirigiéndose á sus soldados, díjoles momentos antes de morir: «Allí está la laureada.» A los pocos pasos dos balazos en la cabeza cortaban aquella existencia de la que tantas proezas podía esperar la madre patria.

Los tres retratos que publicamos son reproducción de fotografías que desde la Habana nos han enviado los Sres. Otero y Colominas.

Menú del banquete celebrado en Moscou con motivo de la coronación del tsar. - Como último eco de las fiestas de la coronación del tsar Nicolás II, incluimos en el presente número un grabado, reproducción de una fotografía, que permite admirar uno de los *menús* ó *minutas*, escogido, no como más artístico, pues todos lo fueron en alto grado, sino como más suntuoso, por decirlo así, de los presentados en los diferentes banquetes que con motivo de dichas fiestas se celebraron en Moscou. Este menú es el que figuró en la mesa de los emperadores en la comida que tuvo lugar en el Palacio Granovitaiá, y al examinarlo se echa de ver desde luego que es una verdadera obra de arte en la cual las reminiscencias arqueológicas, los recuerdos históricos y las exquisitas iluminaciones constituyen la más feliz combinación de adornos á la vez que la mejor memoria de aquellas maravillosas fiestas. Por la composición de este *menú* se puede comprender el lisonjero grado á que han llegado en Rusia las artes de la litografía y de la imprenta, y para los afortunados convidados á dicho banquete constituirá sin duda uno de los más preciados recuerdos de aquella solemnidad.

Desdeñosa, cuadro de N. Sichel. - Contemplando este cuadro y recordando los del mismo autor *Senda de abrojos* y *Artista callejera*, que publicamos en los números 645 y 691 de LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA, hay que convenir en que el pintor alemán N. Sichel es un maestro consumado en el difícil género de la figura, en el que tan pocos relativamente sobresalen hoy en día. Los tres tipos de mujeres de los citados lienzos son admirables, mírense como se quiera, así por la corrección de líneas como por la expresión, distinta en cada uno, que anima aquellos rostros. *Desdeñosa* es una verdadera joya: hay en aquel hermoso semblante la precisa manifestación del sentimiento que ha servido de asunto al artista; aquellos ojos, aquellos labios, la disposición toda de la cara no pueden expresar otra cosa que el desdén. La perfección con que está grabada la copia permite apreciar en su justo valor las bellezas de la pintura.

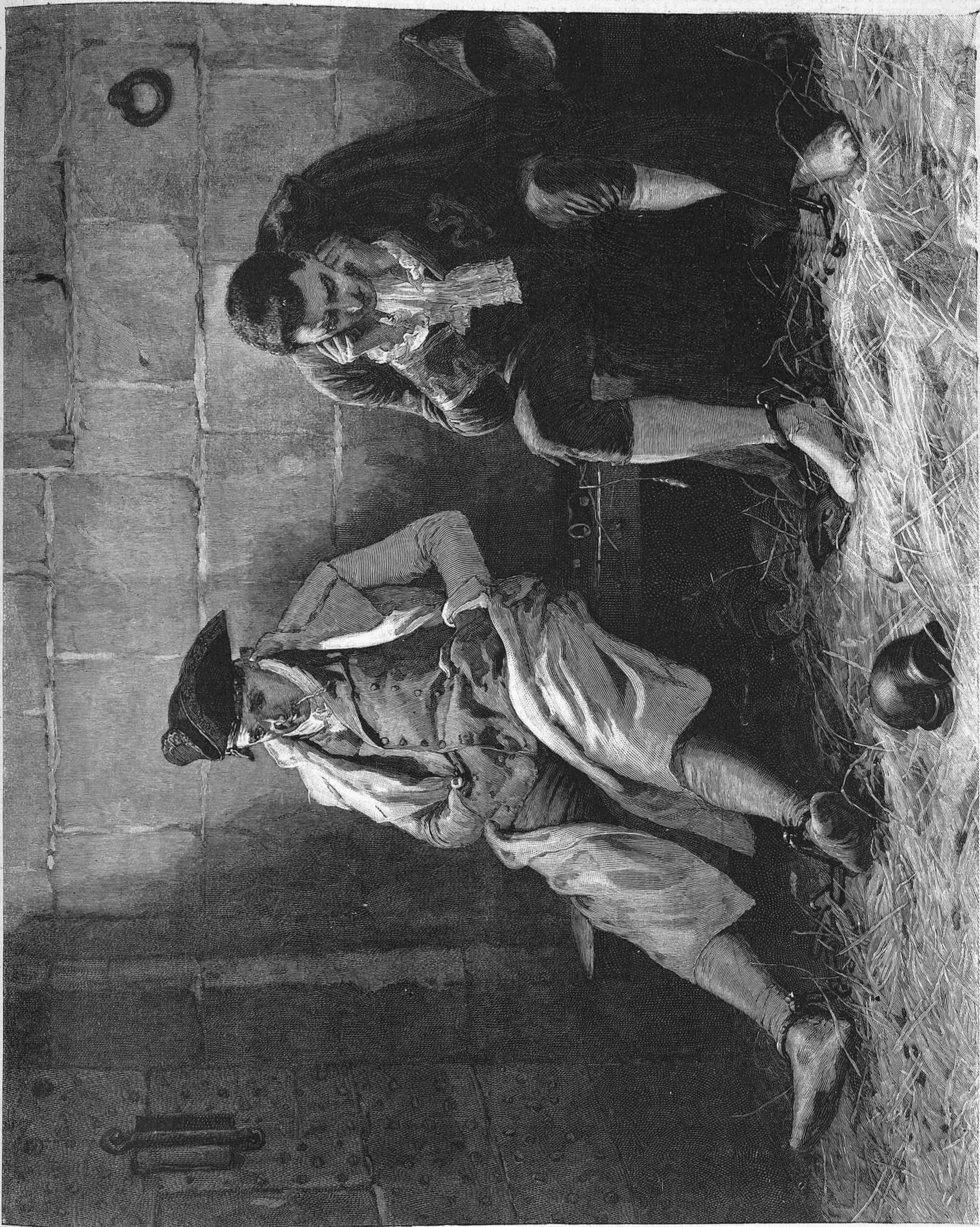
Quien mal anda..., cuadro de F. Dadd. - A juzgar por las trazas de los dos presos, no se trata de esos criminales vulgares cuyos delitos tienen, si no disculpa, explicación en la educación recibida, en la miseria, en el medio en que vivieron. El afán de los placeres fácilmente conseguidos, el deseo de vivir bien sin poner de su parte los esfuerzos honrados que para ello se requieren, impulsáronles sin duda á cometer el delito que en la prisión purgan. Bien dice el refrán *Quien mal anda...*, que sirve de título al notable cuadro que tantos elogios mereció en una de las últimas exposiciones celebradas por el Real Instituto de acuarelistas de Londres.

Salida de barcas pescadoras, cuadro de Mesdag. - Entre los pintores extranjeros que con su presencia han honrado la Exposición de Bellas Artes que actualmente se celebra en Barcelona, ocupa distinguido lugar el pintor holandés cuyo es el cuadro que reproducimos. Los dos lienzos que en ella expone le acreditan de hábil marinista, y así lo ha reconocido el jurado premiando uno de los dos lienzos presentados. Observador cuidadoso de la naturaleza, sabe sorprender hermosos efectos de luz, que traslada luego á la tela con una verdad que demuestra su dominio de la técnica, y encuentra en la vida de la gente de mar material abundante para sus obras, en las cuales la realidad se armoniza con cierta poesía, sin la cual es difícil despertar en el espectador la emoción estética.



DESDEÑOSA, cuadro de N. Sichel

(de una fotografía de la Sociedad Fotográfica de Berlín).



QUIEN MAL ANDA..., cuadro de F. Dadd (Exposición del Real Instituto de acuarelistas de Londres)

El marqués de Morés. - La muerte del marqués de Morés, recientemente asesinado por los tuaregs en las inmediaciones de El-Ouatia, á unos 130 kilómetros de la frontera tunecina, aumenta la lista de las víctimas que constituyen, por decirlo así, el martirologio africano. Descendiente de una noble familia, el marqués de Morés heredó de sus padres una cuantiosa fortuna que en gran parte perdió al poco tiempo á consecuencia de una de las catástrofes financieras que en estos últimos años han conmovido al mundo de los negocios parisiense. Deseoso de reparar esta pérdida, abandonó la carrera militar, en la que le esperaba brillante porvenir, y se trasladó á América, fundando en el Far-West una gran explotación agrícola: salió mal de esta empresa é intentó reproducirla en el Tonkín, en donde tampoco le fué la suerte propicia. Entonces regresó á París, entró de lleno en la política y desempeñó un papel importante en la algarada boulangista, haciéndose notar por sus violentas polémicas y por sus numerosos duelos. Cansado



EL MARQUÉS DE MORÉS, explorador africano recientemente asesinado por los tuaregs

de la política, retiróse en 1894 á Argelia, y allí concibió y preparó el plan de su expedición á Ghadamés. El 21 de mayo último salió de Túnez, y á los pocos días cambió la escolta que llevaba por otra de tuaregs y chadembas; pero muy pronto debió concebir sospechas acerca de la fidelidad de éstos, ya que se esforzó por regresar á Sinaum, en donde esperaba encontrar á sus antiguos compañeros. Antes de conseguir su propósito, fué bárbaramente asesinado, habiendo sido encontrado su cadáver, junto con el del intérprete que le acompañaba y los de tres criados, acribillados de heridas y desnudos.

Sir Augusto Harris. - «La muerte de Sir Augusto Harris es el acontecimiento más importante ocurrido en los fastos teatrales ingleses de muchos años á esta parte:» así se expresa uno de los principales periódicos ilustrados londinenses al ocuparse del fallecimiento del famoso empresario, y con estas palabras queda hecha la mejor apología de Augusto Harris. Nació éste en París en 1852 y se educó en Francia primero y después en Alemania: atraído desde muy joven por el teatro, á los vein-



SIR AUGUSTO HARRIS, famoso empresario londinense fallecido en Londres en 22 de junio último

tún años empezó en Manchester la carrera que tanta honra y provecho debía proporcionarle. En 1879 encargóse de la empresa del Drury Lane de Londres, en donde dió una serie de representaciones de melodramas, la mayor parte inspirados por él mismo á los autores, que le aseguraron el favor constante del público. No contento con estos éxitos, quiso hacer de Londres la primera ciudad musical del mundo, y á pesar de que muchos antes que él se habían arruinado con la ópera italiana, en 1887 comenzó las representaciones de ésta, logrando de año en año mayores triunfos y más pingües ganancias, hasta conseguir en la temporada última reunir en Londres la mejor com-

pañía que en aquella capital haya actuado. Mas no se limitó su actividad á esto solo: simultáneamente con estas grandes empresas acometió otras de menos magnitud, como la fundación de Olympia, en donde se han montado los espectáculos más asombrosos por su lujo y propiedad, la introducción de la ópera cómica en el Avenue Theatre, la representación de innumerables pantomimas, etc., en todas las cuales la suerte fué su compañera inseparable. Sir Augusto Harris había formado parte en varias ocasiones del Municipio londinense y estaba en posesión de muchas condecoraciones inglesas y extranjeras.

Estatua de la reina de Inglaterra, obra de Hamo Thornycroft. - Con motivo del quincuagésimo noveno aniversario de la elevación al trono de Inglaterra de la reina Victoria, se ha inaugurado en el patio de la Lonja Real de Londres la estatua de esta soberana, en sustitución de otra que en el mismo sitio se erigió en 1845 y que se había deteriorado considerablemente á consecuencia de su exposición á la intemperie durante tantos años. Por consejo del difunto lord Leighton, el Consejo Municipal y la Compañía de Mercaderes resolvieron reemplazar la antigua escultura, encargando la ejecución de la nueva al famoso escultor inglés Hamo Thornycroft: la obra de éste representa á Su Graciosa Majestad tal como era en 1844, fecha en que se inauguró la Lonja, ciñendo la corona y vistiendo el manto reales y cruzado su pecho por la banda de la orden de la Jarretiere; en la mano derecha ostenta el cetro del Imperio y con la izquierda sostiene un mundo con la figura de la Victoria. La estatua ejecutada por Thornycroft en mármol de Carrara mide seis metros de alto, se alza sobre un pedestal de mármol negro y es de una corrección y belleza extraordinarias, demostrándose en ella el talento y la maestría del célebre artista de quien nos ocupamos extensamente en el número 652 de este periódico.

El espejo del bufón. - El Viático en una aldea de Asturias, cuadros de Luis Menéndez Pidal. - En el número 722 de LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA, con ocasión de reproducir su bellísima obra *La cuna vacía*, premiada con medalla de oro en la Exposición Internacional de Bellas Artes celebrada en Madrid en 1892, dijimos lo que como artista valía el Sr. Menéndez Pidal y el puesto elevado que ocupaba entre los pintores españoles contemporáneos. ¿A qué repetir los elogios que entonces le dedicamos? Las dos obras tuyas que hoy publicamos, aunque de distinto género, son dignas del autor que concibió aquella, siendo notables la una como acertado estudio de figura y la otra como nota ruralista admirablemente sentida y ejecutada con la sencillez y sobriedad que son las cualidades características del Sr. Menéndez Pidal.

MISCELÁNEA

Bellas Artes. - DRESDE. - El Gabinete de Grabados ha expuesto una colección de carteles artísticos que poco á poco ha ido reuniendo: son éstos en número de 150, originales de artistas ingleses, franceses, americanos, belgas, italianos y alemanes, y entre ellos sobresalen los 72 franceses de Cheret, Toulouse-Lautrec, Felix Balloton, Boutet de Monvel, Graffet y Steinlen. De los debidos á pintores de otros países, son dignos de citarse los del inglés Dudley Hardy, del americano Greiffenhagen, del holandés Willette y de los alemanes Stuck, Hoffmann, Seitz, Zumbusch, Gyssis, Greiner, Thoma y Sattler.

PARÍS. - Por muerte de Enrique Cernuschi, su colección de preciosos objetos artísticos japoneses ha pasado á ser propiedad de la ciudad de París.

- En el hotel Drouot ha sido adquirido en 107.000 francos por la célebre cantante Cristina Nilson, condesa de Casa Miranda, el célebre cuadro de Watteau *Diana en el baño*, que un famoso crítico ha calificado de prodigio de luz y de colorido.

Teatros. - En el teatro Viejo, de Leipzig, se ha representado con buen éxito la comedia de Moliere *Tartuffe*, traducida al alemán por Fulda.

- En el teatro de la Residencia, de Dresde, ha sido estrenada con gran aplauso la comedia francesa de Bissón y Carré *El señor director*, arreglada á la escena alemana por Gross.

- En el teatro Costanzi, de Roma, se ha estrenado una ópera, *La sorella di Marco*, del maestro Setaciolo, de argumento muy parecido al de *Mignon*, que ha sido muy bien acogida por el público.

PARÍS. - Se han estrenado con buen éxito: en el Cercle des Ecoliers *Demi Savurs*, bellísima comedia en tres actos, primera producción escénica de Gastón Devoré, y en el Gymnase *Au Bonheur des Dames*, comedia en seis cuadros de Hugot y Saint Arromand, tomada de la novela de Zola del mismo título.

Necrología. - Han fallecido: Otón de Camphausen, notable político prusiano que tuvo á su cargo la cartera de Hacienda desde 1869 á 1878.

Luis Cossa, ilustre economista italiano, profesor de la Universidad de Pavia.

Carlos Finkelburg, eminente higienista alemán, profesor de la Universidad de Bonn, gran propagandista de la idea de fundar hospitales populares para las enfermedades pulmonares.

Carlos, barón de Heinze, criminalista alemán, profesor de Derecho Penal de la Universidad de Heidelberg y autor de varias importantes obras.

E. A. Ireland, pintor de Dusseldorf, uno de los representantes del romanticismo de aquella escuela en la pintura del paisaje.

Germán See, uno de los más célebres clínicos franceses, individuo de la Academia de Medicina de París.

Juan Volders, jefe de los socialistas belgas, uno de los fundadores y fomentadores más activos de las sociedades cooperativas en Bélgica.

Evaristo Luminais, pintor de género francés dedicado especialmente á las costumbres populares y á las anécdotas históricas de Bretaña.

Francisco Meerts, pintor de género belga.

Julio Rotting, pintor de historia y profesor de la Academia de Dusseldorf.

Wera Petrowna Schelichowska, escritora rusa conocida especialmente por sus libros dedicados á la juventud.

Georgios Visiinos, poeta griego y durante muchos años profesor de Filosofía en Atenas.

Augusto Wagener, profesor de Arqueología y Epigrafía de la Universidad de Gante.



Estatua de la reina Victoria inaugurada el día 20 de junio último en el patio de la Real Lonja de Londres, obra del escultor Hamo Thornycroft.

Eduardo Armitage, notable pintor de historia inglés, autor de las pinturas murales del palacio del Parlamento de Londres, de la iglesia católica de Islington y de la Universidad de Hall.

Casimiro Geibel, pintor de historia, de género y de animales de Weimar.

Guillermo Kandler, pintor de historia húngaro, autor de los frescos de la capilla particular del palacio imperial de Praga y del castillo imperial de Reichstadt, en Bohemia.

Sir Russel Reynolds, presidente del Real Colegio de Médicos de Londres.

Julia Salis Schwabe, fundadora del Instituto Froebel Nacional de Nápoles, muy apreciada por sus actos filantrópicos.

Gabriel Daubrée, eminente geólogo francés, director durante muchos años de la Escuela Nacional de Minas é individuo de la Academia de Ciencias de París.

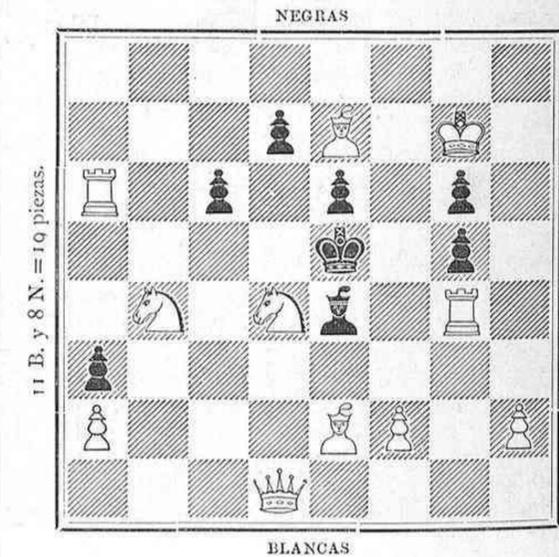
Gerardo Rohlf, célebre explorador alemán de las diversas regiones de Africa.

Enrique Hoffmann, notable paisajista alemán.

Jorge Johnson, médico de la reina de Inglaterra y profesor de Medicina del Colegio Kings de Londres.

AJEDREZ

PROBLEMA NÚMERO 26, POR VALENTÍN MARÍN (Segunda mención del undécimo concurso del *Hachney Mercury*)



Las blancas juegan y dan mate en dos jugadas.

SOLUCIÓN AL PROBLEMA NÚMERO 25, POR V. MARÍN

- | | |
|--------------------|--------------------------|
| Blancas. | Negras. |
| 1. C3AR | 1. R toma C (*) |
| 2. D3CR jaque | 2. R toma D ó R7R jaque. |
| 3. P4R ó T5D mate. | |

(*) Si 1. R5AR; 2. C7R jaque, y 3. P8D (C) ó C2D mate; - 1. A3AD; 2. D toma A jaque, etc. La amenaza es: 2. C de 6CR á 4T, y 3. D ó C mate.

DOS ANÓNIMOS

NOVELA ORIGINAL DE FLORENCIO MORENO GODINO, ILUSTRADA POR JOSÉ CABRINETY

(CONTINUACIÓN)

- ¿Qué decides?, preguntó el marqués.
- Lo que usted quiera. Sé que mi suerte está echada, que nunca podré ser completamente feliz. Falta tierra á mis pies, pero me queda el cielo.
Y Soledad volvió á abstraerse en esa idea infinita

- ¿Qué he de oír, qué tengo que saber? Necesito á mi hija antes que todo...
- Joaquina debe continuar en el convento por lo menos hasta las próximas vacaciones, tal vez entonces la retire de él definitivamente.

- Pero ¿y mi madre?
- Mi apoderado irá á buscarla no bien esté instalada, y la traerá con todas las comodidades posibles á *San Rafael*. Luego yo, que respecto á ti sólo soy *tirano por fuerza*, procuraré cumplir lo más pronto posible la palabra que te he dado.
Y como viese que Soledad prorrumpía otra vez en sollozos, repuso:
- Tu hija y la honra: he aquí tu redención.

PARTE SEGUNDA

I

Sabemos ya que Felicio había salido á buscar un coche para Soledad algunos minutos antes de que llegara el marqués de Criptana á la vaquería. Afortunadamente no vió ninguno que pasara y tuvo que subir hasta la plaza de Antón Martín, en donde hay una parada de carruajes públicos. Cuando volvió á la casa de vacas encontróse en la puerta á Juana la vaquera, que aún no había vuelto de su sorpresa y que le esperaba. Enteróle de lo ocurrido. El joven, atontado en el primer momento, se repuso un tanto, pagó la carrera al cochero que le había traído, entró en la tienda y se sentó.

Ya más sereno, pudo hacer algunas preguntas á Juana. Ésta sabía muy poco: un caballero alto, muy bien vestido, con grandes patillas canosas y un sombrero de copa muy reluciente, había entrado sin saber cómo, mientras ella ordeñaba las vacas en el establo, y se había llevado á Soledad.

- ¿Pero tú los has visto salir?, preguntó Felicio.
- Por casualidad. Si me detengo un minuto más y no se despiden, se van sin yo saberlo. Yo estaba sola. La chica tiene un gran resfriado y se ha recogido temprano y mi hombre no ha vuelto todavía de llevar la leche al café de San Sebastián. Los encontré en el pasillo cuando salían.

- ¿Estaban alterados, disputaban?
- Nada de eso, salieron tranquilamente; la señorita me dió las buenas noches.
- ¿Viste si se fueron á pie ó en carruaje?
- Naturalmente que lo vi. Salí á la puerta, en la puerta no había nada, pero algo más arriba brillaban los faroles de un coche. Los seguí á alguna distancia y los vi subir y marcharse.

- ¿Y no viste más?
- Nada más. El coche se largó á buen paso, y se acabó.

Felicio permaneció en la vaquería más de dos horas, esperando el milagro de que volviera Soledad ó mandara algún recado. En el caso en que él se hallaba se admite la esperanza más absurda. Su imaginación era un caos de suposiciones, pero se le imponía la más razonable, aun cuando él pugnaba por rechazarla. Sabía que Soledad era casada, y lo probable era que el caballero que se la había llevado fuese su marido.

¡Su marido!
Pero ¿cómo, si era él, habíala sorprendido?, porque aquello sólo podía ser una sorpresa. Tal vez un descuido. ¿Cuál? Soledad no tenía cartas suyas. ¿La traición de algún criado? Pero esto era inadmisibile. Él sabía que Soledad no se confiaba más que á una antigua doncella que desde niña estaba á su servicio. ¿Les habrían visto en sus correrías nocturnas?

Peró en fin, el hecho era indudable.
¡Oh, si fuese el marido! Esta suposición desesperaba á Felicio. Quizá no volviese á verla. Sobre todo ¿qué iba á ser de ella? ¡Cuántos disgustos tendría que sufrir por causa de él, por haber accedido á sus ruegos, por haberle amado!..

Cansado de esperar el milagro, salió de la lechería y se encaminó por el paseo del Botánico. Lloviznaba. El pobre joven se quitó el sombrero para recibir las gotas de lluvia, porque le ardía la cabeza. Como el naufrago que se agarra á la última tabla, Felicio se detuvo en el jardín de frente al Museo, en el sitio en donde solía esperar á Soledad.

Aguardaba otro milagro; pero los milagros no están en moda, por más que todo cuanto nos rodea sea milagroso.

A las dos de la mañana entró Felicio en su pobre habitación, rendido de espíritu y de cuerpo. Había andado leguas. Se acostó, y como, según dicen, la almohada es buena consejera, infundióle alguna espe-



... cosían ropa blanca á máquina desde las siete de la mañana...

de fe y de esperanza que es el rayo de luz sobre la criatura.

El marqués la contemplaba conmovido, comparando quizá á aquella mujer con todas las que había conocido.

Dejó pasar algunos instantes, luego dijo con acento casi cariñoso:

- ¿Estamos convenidos?, ¿harás lo que te propongo, no por atormentarte, sino para impedirte caer en la degradación? Porque la caída era infalible, Soledad; como lo ha sido la de todas las que se han hallado en tu caso.

- Repito que haré lo que usted quiera..., puesto que no puedo matarme.

Y luego repuso con vehemencia poniéndose en pie:

- Pero es preciso que algo me sostenga y me aliente. ¿Cuándo veré á mi hija? Digo mal, ¿cuándo me reuniré á ella, para tenerla siempre á mi lado, para reconcentrar en ella todas las aspiraciones que me veo obligada á reprimir?

- Te creo leal. ¿Cumplirás las condiciones que te he impuesto?

- Sí.

- ¿Todas?

- Todas, contestó Soledad después de un momento de vacilación. Pero usted...

- Yo no tengo más que una palabra. Pierde cuidado.

- ¿De modo que mañana mismo saldré de Madrid para reunirme con mi hija?

- No puede ser.

- ¿Qué no puede ser! Pues entonces, ¿por qué ha despertado usted mi esperanza adormecida? Si es que desea usted matarme, hágalo de una vez: no temo la muerte, aunque no pueda dármele por mi mano.

- Oye y no te exaltes...

- ¡Entonces! Es decir, ¿dentro de cuatro meses?

- ¿No has pasado años sin verla?

- Pero mis fuerzas están agotadas. Usted me priva de todas mis expansiones y se contenta con decirme: espera todavía.

- Soledad, replicó el marqués con voz algo alterada, no sólo por motivo de que así conviene á la educación de Joaquina, sino que también por causa de esas... *expansiones*, verás á tu hija cuando yo lo tenga por conveniente. No olvides que aquí yo soy el juez y tú la acusada.

Soledad, sumida en profundo abatimiento, no contestó.

El marqués prosiguió después de una pausa:

- Vas á dejar Madrid. Creo que la vida de campo es la que más te conviene para sosegar tus... nervios: además de que te gusta. Así esperarás, dependiendo de tu conducta el que el plazo sea más breve.

- ¡Oh!

- Esta fatigosa discusión se prolonga demasiado. Por última vez te lo digo: elige entre tu hija y el honor, ó la libertad en el más absoluto abandono.

- Iré al cortijo donde he nacido, al lado de mi madre.

- No, los Almendrales está muy cerca de Sevilla y Jerez, donde yo soy muy conocido y en donde se ha hablado mucho de ti. Deseo que nadie nos recuerde, para lo cual durante algún tiempo renunciarás al título que llevas.

- Harto me pesa ese título: me basta con mi nombre.

- Pero si no puedes ir al lado de tu madre, ella puede reunirse á ti. No quiero privarte de esta *expansión*, que es legítima. Te establecerás en mi cortijo de Córdoba: es precioso y no perderás en el cambio.

ranza. Vivía el pobre joven en una miserable casucha de la calle de la Verónica: una de esas casas ya inverosímiles en Madrid. Nuestros antepasados ricos ocupaban extensas moradas, pero los pobres acurrucábanse en nidos poco más grandes que los de las cigüeñas. La casa en cuestión era muy estrecha y muy baja, aun cuando tenía piso bajo y principal. El bajo le constituían una tienda de trapos y hierro viejo y un mezquino portal que terminaba en un patio que tendría las dimensiones de ocho pañuelos de hierbas extendidos. De este patio arrancaba una escalera, poco menos que de caracol, que terminaba en una meseta del mal llamado piso principal, puesto que no había otro. En el piso principal había tres cuartos, uno exterior, con balcón á la calle, y dos interiores, cuyas puertas estaban una enfrente de la otra. Felicio ocupaba uno de estos cuartos, el de la derecha. La habitación se reducía á una pieza de regulares dimensiones, de la que partía un pasillo, en donde había un cuartucho oscuro. Después estaba la cocina, en la que nunca se encendía lumbre y que Felicio destinaba para gabinete de aseo. La primera pieza era sala y dormitorio á la vez. Cuando murió su tía, Felicio hizo almoneda de muebles y enseres, reservándose los estrictamente precisos, y por esto conservaba restos de pasada comodidad. La cama había sido buena, pero el pobre joven había vendido dos de los tres colchones que tenía. En aquella pieza había un armario y una cómoda no muy grandes y una mesa llena de papeles y libros. Una percha, con poca ropa, y algunas sillas completaban el mueblaje. Esta habitación recibía bastante luz por una ventana que daba á un solar. Rentaba de alquiler cuarenta reales mensuales, pues entonces aún no se contaba por pesetas.

El cuarto que estaba enfrente del de Felicio le habitaba la viuda de un fontanero del ayuntamiento, con dos hijas, una de catorce y otra de diez y siete años de edad. Era una pobre familia que vivía muy estrechamente. La señora Damiana, así la llamaban en la vecindad, se ocupaba en las faenas domésticas, y sus hijas cosían ropa blanca á máquina desde las siete de la mañana hasta las ocho de la noche, y á veces, si *había prisas*, hasta mucho más tarde. La labor en ropa blanca es la menos productiva, y aquellas pobres muchachas *se sacaban* el sustento como quien saca agua de un pozo muy hondo con un cubo muy pesado. Cuando Felipe se mudó á aquella casa aún estaban entrapadas con Singer; quiero decir, que aún no habían acabado de pagar la máquina que comprada con dinero cantante hubiéralas costado cuarenta duros, poco más ó menos; pero que pagada semanalmente, subía al precio de sesenta. Los fabricantes se nivelan con las gentes honradas de los repetidos chascos que les dan las que no lo son, vendiendo máquinas cuyo importe aún no han acabado de pagar. Lo de siempre: justos y pecadores.

Entre los vecinos pobres se traba pronto conocimiento, y desde el primer día reinó la mayor cordialidad entre Felicio y sus laboriosas vecinas. Éstas le arreglaban el cuarto, le hacían la cama, le traían agua de la fuente, daban á lavar su ropa, le cosían los botones, etc., etc. «¡Era tan bueno y tan amable D. Felicio!» Él por su parte las obsequiaba cuanto podía, especialmente mientras tuvo algún dinero, producto de la venta de los enseres de su difunta tía. La hija mayor de la señora Damiana se llamaba Petra, la menor Cayetana, y ¡ya se sabe!, cuando llegaron las verbenas de sus santos patronímicos tuvieron el gusto de que las acompañara Felicio y las obsequiase con unos vasos de horchata y con rosquillas de la verdadera tía Javiera. Desde que Felicio conoció á Soledad, disgustado de los *restaurantes* de perdición, de los que era parroquiano, y además queriendo aislarse, comía con ellas, mediante el módico estipendio de tres reales diarios.

Pues bien: Soledad y Felicio, en la previsión de algún incidente imprevisto que los separara, habían acordado que aquélla escribiría, no á casa del joven, que podía no hallarse en ella, sino á la de la señora Damiana López, su vecina. Por esto, en medio de la desesperación que le produjo su separación de Soledad, halagaba el pobre amante la esperanza de que ésta le avisaría ó escribiría. Entreteniéndose su dolor con esta idea, permanecía en su casa todo el día, atento al menor ruido que se produjese en la escalera y asomándose varias veces al cuarto de sus vecinas á preguntar si había habido carta ó recado para él.

Pero sus vecinas le contestaban:

«Nada, D. Felicio. Pierda usted cuidado, que si algo viene se lo entraremos en seguida.»

Durante los primeros días salía por la noche, á la hora en que había tenido sus citas con Soledad. Vagaba por las calles por donde ellos más habían andado, pasaba por el jardín de frente al Museo, se alargaba hasta la casa de vacas del paseo de las Delicias,

y allí se entregaba con la vaquera á comentarios y suposiciones.

¡Pobre Felicio! Sólo los pocos que han amado como él y se han visto separados del objeto amado podrían comprender el desaliento que iba apoderándose de su corazón. Figurémonos un *turista* acérrimo enamorado de la naturaleza y de los paisajes espléndidos, que contempla extasiado el golfo de Nápoles, la embocadura del Bósforo, ó la aparición lejana, en un día de primavera, de Cádiz surgiendo del mar como una mariposa blanca que gusta de revolotar sobre las aguas, y siente de súbito que sus ojos se nublan y luego se ciegan, y oye una voz que le dice:

«Nunca ya volverás á ver estas cosas.»

Porque Felicio era pesimista, ya lo sabemos, y perdió pronto la fe que sostiene á los santos y á los amantes: perdió hasta el horroroso consuelo de la incertidumbre.

«¡Dios mío, qué será esto!» — exclamaba apretándose la cabeza con las manos. Porque hasta los creyentes á medias, como lo era Felicio, en casos de desesperación semejante invocan á Dios.

«¿Soledad le abandonaba?: era imposible. ¿Estaba encerrada?, ¿se la habían llevado por fuerza de Madrid?: era lo probable. Pero ¿cómo no había encontrado un medio de avisarle ó de escribirle?, ¿cómo le dejaba vivir así? El cariño es ingenioso, vence todos los obstáculos.»

Pero en esta creencia no se incluía él: estaba vencido por una especie de fatalidad premeditada.

Pasaron días y meses: Soledad no parecía. Él no la buscaba ya. No salía de su casa, sólo algunas veces, en las altas horas de la noche, daba paseos de leguas por los sitios más solitarios ó por las afueras de Madrid.

Pensó de nuevo en suicidarse. Había abdicado la esperanza y á consecuencia iba á abdicar la vida. Su parte física era tan deplorable como la moral. Había envejecido seis años por lo menos, estaba tan demacrado que se le señalaban los músculos del cuello. Sus ojos tenían en la córnea el tinte amarillento de los de los nostálgicos é ictericos.

Quizá Felicio tenía la inconsciente nostalgia del suicidio.

Pasados los primeros transportes de pena, cayó en esa triste atonía que es el idiotismo del dolor.

Tres meses después de su separación de Soledad, esto es, á mitad de mayo, se fijó un plazo para suicidarse. Había conocido á aquélla el 20 de febrero del año anterior; pues pondría fin á su vida y á su dolor el 20 de febrero del año, no que corría, sino que se arrastraba tan lentamente para él. Por más que hiciera, tal vez no podía sobreponerse á la expansión de la juventud.

Sería difuso seguir la agonía moral del pobre joven. Luchase ó no con su propósito de suicidio, lo cierto es que todas las noches al acostarse se decía: «Un día menos,» del mismo modo que en una larga navegación se cuentan los días que faltan para acabarla. Soledad le había dado su retrato en fotografía: él por las noches le sacaba del cajón donde le tenía encerrado, pues no quería que nadie le viese; le colocaba junto á la cama en la mesa de noche, y le contemplaba suspirando durante sus tenaces insomnios.

Cuando cada ocho días iba á cobrar su renta á la tienda de ferretería de Puerta Cerrada, su administrador, al ver su lamentable aspecto, solía decirle, con ligeras variantes:

«Mira, muchacho, me parece que llevas mala vida. Contente y cuidate.»

Y Felicio se sonreía con una sonrisa que hubiera hecho daño á todo el que no fuese comerciante en hierro.

El tiempo tiene de bueno que lo mismo pasa para los dichosos que para los desesperados; y por tanto, íbase aproximando el plazo fatal para aquel enamorado incurable. Llegó el mes de febrero, y desde entonces Felicio se preocupó de la clase de muerte que elegiría, como sucede ó debe suceder á la mayor parte de los suicidas. Pensó primeramente en arrojar al estanque grande del Retiro. Aquella muerte era halagüeña para un poeta: antes de cerrar los ojos para siempre, vería espacio y estrellas reflejándose en el agua, aspiraría aire puro y ¡quién sabe! Tal vez oiría el canto de algún ruiseñor precoz.

Después de haber adoptado este género de muerte le desechó. Se dijo que podía ser detenido antes de arrojar al agua ó salvado antes de ahogarse, y á este recelo uniése una extraña lucubración. Felicio, que creía á medias en la eternidad del alma, se había creado un Dios á su modo: un Dios que en vez de castigar al suicida, le perdona en gracia á sus sufrimientos. Una noche, casual ó intencionadamente, pasó por el viaducto, y el aspecto casi fantástico que

ofrece el campo por aquella parte de Madrid le sedujo. ¡Sería agradable morir viendo aquello! Además miró por entre la barandilla hacia abajo, y tuvo la enunciación del vértigo de las alturas: aquello sería volar hacia abajo á la eternidad.

Eligió, pues, el viaducto para consumir su propósito.

El día 14 de febrero, por la noche, al volver de Puerta Cerrada de cobrar su renta semanal, se guareció en los portales de la plaza Mayor de un chaparrón que caía. Allí encontró á un perdido, antiguo compañero suyo, que estaba en fondos y que le llevó á comer al café de París, y luego, quieras ó no quieras, al teatro de la Comedia, en donde se daba un baile de trajes, de niños.

Al ver aquel espectáculo sintió como un hálito de vida.

Toda reunión de niños, no sólo embelesa, sino que preocupa el pensamiento. Como los niños son un aroma viviente, en el teatro de la Comedia la vida olía bien, y las ideas eran suaves como los labios y las manecitas que se besaban. El misterio de la generación eterna y los esfinges del porvenir surgían allí en toda su plenitud; pero estos esfinges eran benévulos y de color de rosa; todas aquellas crisálidas de hombres y de mujeres estaban, en la mente de sus padres, llamados á altos destinos; allí había embriones de poetas, artistas, sabios, hombres de Estado, grandes capitanes y hasta canonizados. La más humilde de aquellas niñas debía aspirar á todos los esplendores de la vida y de la fortuna. ¿Quién se acordaba de las miserias sociales y de los oscuros problemas de ese topo ciego que se llama el futuro?

Algunas horas después del baile vagaba Felicio por las calles dando un paseo de trasnochador. El cielo estaba nublado y la noche muy oscura; pero el joven poeta llevaba en sí la claridad del recuerdo. Recordaba el baile, la sala resplandeciente de luz, los acordes de la orquesta, el ruido de los besos infantiles, las mejillas sonrosadas, las cabecitas de ondulantes cabellos; toda aquella profusión de colores, de cintas y de encajes, prodigios del cariño maternal; la memoria iluminaba su pensamiento como si llevara un astro en la frente, y parecía que la plaza del Progreso, por donde á la sazón pasaba, se hallaba más alumbrada que de costumbre. Iba por junto á la balaustrada que rodea al jardín, y al torcer uno de los ángulos que forma vió un niño que en pie y recostado en aquélla dormía profundamente. Se detuvo á mirarle. Representaba de ocho á diez años de edad, su traje era un puro harapo; roncaba con una especie de silbido, y aunque estaba bien dormido, se estremecía como en las convulsiones de una pesadilla.

Todo esto no le sorprendió, estaba acostumbrado á semejantes encuentros. ¡Había visto tantas hojas caídas de ramas secas ó podadas! Pero sí llamó su atención un objeto que el niño tenía en la mano, que era una lima pequeña.

Le despertó asíéndole por la mano en donde tenía la lima. Al sentirse cogido abrió los ojos y Felicio vió en ellos la hostilidad del miedo y de la fuga, al mismo tiempo que se encorbaba ante él como un jaboato erizado. Valiéndose de ruegos y de amenazas, el joven trasnochador supo por qué aquel niño tenía en la mano la lima de acero: con ella limaba lentamente, no en una sola noche, las hojas del bajo relieve de hierro que entonces tenía la balaustrada del jardín de la plaza. Por eso faltaban hojas y otras estaban rayadas por el trabajo del acero; y así como se adivina á la mujer por el perfume que usa, y la miseria por el girón, comprendíase por el hierro de la balaustrada el estigma que marca á algunos seres.

El niño arrancaba las hojas para venderlas en una tienda de hierro viejo; por cada cuatro de aquellas le pagaban diez céntimos. Aquello era la apoteosis de la miseria. Pero había aún una cosa más triste y más miserable. Aquel niño pasaba las altas horas de la noche entregado á su faena, tiritando bajo sus harapos, ocultándose de los serenos y de las parejas de policía. A veces sus manos entumecidas no podían trabajar, á veces el sueño le sorprendía en su tarea, ese sueño irresistible que rendía á los *escuchas* en la guerra de África, no obstante las desastrosas probabilidades de una sorpresa por parte del enemigo, ó de los rigores de la ordenanza.

Pero los *escuchas* estaban allí por orden de sus jefes, y el niño de la plaza del Progreso limaba el relieve de la balaustrada por mandato de... su madre.

¡Qué contraste en tan corto espacio de tiempo! En el teatro la luz, el bienestar, la vida exuberante; en la plaza la penumbra, la miseria, el trabajo reprobado. Allí la madre feliz sonriendo á un ángel; aquí la hembra azuzando á un futuro presidiario. Aquel contrasentido del bien que necesita del mal para manifestarse, volvió á sumir á Felicio en sus negros pensamientos y en el hastío de la vida. Desde aquella

noche su vocación de suicida fué completa; faltaban seis días para el plazo que se había impuesto, y con verdadera impaciencia esperó á que transcurriesen. Llegó el día 19. Por la noche, Felicio, encerrado en su cuarto, hizo sus preparativos de suicida. Envolvió un manuscrito bastante abultado en dos grandes pliegos de papel, los cerró con lacre y puso un sobre que decía:

Al Sr. D. Manuel Tamayo y Baus.

Aquel manuscrito era el drama inédito del poeta. En una carta adjunta al manuscrito rogaba al insigne escritor, ajeno á toda envidia literaria, de la que pocos suelen librarse, que interpusiera su influencia para hacer representar aquella obra póstuma. Felicio rompía el presente, pero aspiraba á la posteridad. Hecho esto, escribió otra carta en la que mandaba entregar todas las ropas, muebles y enseres de su habitación á su vecina Damiana López. La cerró, puso el sobre, y juntamente con el manuscrito del drama guardóla en el armario, cuya llave puso en el cajón de la mesa de noche. Colocó sobre ésta el retrato de Soledad, y se acostó.

La última noche de un suicida debe ser aún más triste que la de un reo de muerte, porque en éste puede haber la resignación á lo inevitable, unida á la tenaz esperanza del perdón, y en el primero debe ser horroroso aquel desamor á sí propio y á la humanidad.

Al día siguiente, 20 de febrero, Felicio se levantó antes de que la señora Damiana saliera á la compra, y pasó al cuarto de sus vecinas para advertirles que aquel día no comía con ellas. Así la viuda como sus hijas, que ya estaban sentadas haciendo labor, se sorprendieron del aspecto de su joven vecino y se miraron como preguntándose: «¿Qué tendrá?» ¿Qué había de tener Felicio después de aquella noche de insomnio, de lágrimas y de recuerdos de amor y de muerte?

Tomó en compañía de sus vecinas una jícara de chocolate, y se volvió á su cuarto. Se asomó á su ventana que daba al solar; había nubes al Poniente, pero el tiempo estaba magnífico, y entonces recordó una frase de Ana María: «Los hombres se enamoran de la tierra por su incomparable hermosura.» Él la desdeñaba, iba á abandonarla.

Hizo un minucioso aseo en su persona y se vistió su mejor ropa interior, como los toreros en día de corrida en la previsión de que pueden ser cogidos y desnudados. En cuanto á traje exterior, no tenía donde escoger.

Ya vestido, se sentó á su mesa y escribió una carta, que sólo contenía esta frase: «María, he muerto por ti y pensando en ti.» La metió en un sobre, tomó el retrato de Soledad, y envolviendo ambas cosas en un papel, se le guardó en el bolsillo del gabán. Cogió la llave de su cuarto, que siempre dejaba á sus vecinas cuando salía, y se trasladó á la habitación de éstas. Las jóvenes seguían haciendo labor. La señora Damiana, que era una mujer de cincuenta años, bien conservada, robusta y alegre, estaba en la cocina limpiando la espetera y cantaba.

Las dos hermanas repararon en el esmerado aseo de Felicio. La mayor dijo:

— ¡Qué temprano sale usted hoy, vecino! ¿Está usted de servilleta prendida?

— Sí.

— ¿Con amigos?

— No, con una señora.

— ¿Será joven, por supuesto?, preguntó la hermana menor haciendo un guiño.

— Nada de eso, es tan vieja como el mundo.

Ambas hermanas se rieron de la broma de Felicio. Petra, que era la mayor, le preguntó:

— ¿Vendrá usted tarde? Porque nosotras hoy, ¡gracias á Dios!, podremos acostarnos temprano, que buena falta nos hace: estamos muy atrasadas de sueño.

— No sé cuándo volveré, contestó Felicio, que sentía una satisfacción pueril en sus amargas alusiones á la muerte. Esa señora, si coge á uno por su cuenta, no le suelta nunca.

— Lo digo *al tanto* de dejarle á usted la llave debajo de la puerta.

En aquel momento la señora Damiana cantaba en la cocina la siguiente copla de su tiempo:

«María, paloma mía,
Las palomas son del rey:
Yo soy tuyo y tú eres mía,
Que así lo manda la ley.»

Felicio estuvo á punto de prorrumpir en sollozos. Fué á la cocina y se despidió de su vecina dándole la mano. Hizo lo propio con las dos muchachas, á quienes sorprendió aquel inusitado cumplimento, y salió á la calle. Desembocó en el Prado, por la de las Huertas, detúvose algunos instantes frente al Mu-

seo, en el sitio en donde solía esperar á Soledad, y luego siguiendo la subida del Dos de Mayo, entró en el Retiro.

La mañana estaba hermosísima, pero los madrileños no son madrugadores; y aquel ameno paseo estaba casi solitario. Felicio no encontró más que alguno que otro hidrópata, trabajadores que recogían las ramas caídas y las colocaban en carros, y dos ó tres guardas que le miraron con atención: quizá había en su rostro la reverberación de la catástrofe.

Como á todo hombre de imaginación, al joven poeta le disgustaban las líneas rectas, y se internó en un laberinto de sendas llenas de recovecos que hay



... había abdicado la esperanza y á consecuencia iba á abdicar la vida

en las inmediaciones del estanque Chinesco. Allí se despertó en él la levadura poética y recitó en alta voz los mejores versos de su drama. Luego se sentó en una piedra grande, allí abandonada desde tiempo inmemorial.

Las golondrinas no habían llegado aún, pero ya se veían gorriones, mirlos, verderones y vencejos que volaban alto. Los árboles tenían ya botones prontos á abrirse, y en los céspedes marchitos se presentía el trabajo de la tierra para darles jugo. Unos cuantos días más, un poco más fuerza en el sol, y todo renacería á la vida.

Y Felicio iba á morir.

Este contraste le suscitó su preocupación eterna. El año anterior, en aquel mismo día, algunas horas más tarde había conocido á María. También entonces estaba triste, casi desesperado; pero la aparición de aquella mujer presentida y amada, había iluminado los oscuros limbos de su espíritu. ¡Oh! ¡Qué feliz hubiera sido en vagar con María, libre y amante, por aquellos sitios, solos, embelesados en sus miradas y en sus coloquios de amor! ¡María sentada en aquella misma piedra, él besando aquellas manos que no tenían iguales!..

De repente se nubló el sol. Las nubes del Poniente, invadiendo poco á poco el espacio y haciéndose más compactas, ocultaron el astro, que desde entonces ya no pudo romperlas. Felicio se puso en pie, como si despertara de un sueño. Habíase levantado un viento húmedo, y el joven pensó: «es el viento de la muerte.» No sabía cuánto tiempo había permanecido allí, pero oyendo ruido de voces y de pisadas, supuso que ya era la hora del paseo vespertino.

En efecto, encontró numerosos paseantes, niños y niñas que corrían, y percibió lejano ruido de caballos: se sintió desplazado en aquellos sitios de vida, y salió del Retiro por donde había entrado. Llegó al Prado, torció hacia la izquierda, y se dirigió á la casa de vacas del paseo de las Delicias. Durante el trayecto se le ocurrió una idea, en la que influido por otras preocupaciones no se había fijado. Compró papel de escribir y sobres á un fosforero que los ven-

día en la esquina de la calle de Atocha, y poco después entraba en la vaquería.

Juana la vaquera, que estaba sola, como casi siempre, y que hacía tiempo que no le había visto, se sorprendió del lamentable aspecto de Felicio. Éste le pidió un tintero, sentóse á una mesa y escribió:

«Mi buena señora Damiana: tengo una enfermedad mortal, y no nos volveremos á ver. Nombro á usted heredera de la cantidad de dos mil quinientos duros que me pertenecen y que administra D. Martín Arana, comerciante en ferretería, Puerta Cerrada, 7, tienda. En mi cómoda y entre mis papeles encontrará usted los justificantes. Infórmese usted y preséntese á quien corresponda. Es mi voluntad que de esa cantidad entregue usted dos mil quinientas pesetas á la portadora de esta carta, Juana Samperio, que tiene establecimiento de casa de vacas en el paseo de las Delicias. Pida usted á Petra y Cayetana que se acuerden de mí. — Felicio Valdárceles.»

Metió la carta en un sobre, que cerró, y puso la dirección: «A la señora Damiana López. — Verónica, 12, principal interior.»

Hecho esto, sacó del bolsillo la carta destinada á Soledad, en cuyo sobre sólo se leía esta breve frase: «A María,» y llamó á la vaquera, que algo apartada le miraba con curiosa atención.

— Oye, Juana, le dijo, entérate bien: es cosa que te interesa mucho.

La vaquera cada vez más sorprendida aguzó el oído.

— Si alguna vez, prosiguió Felicio, se presenta aquí aquella señorita que solía venir conmigo...

— ¿La señorita María?, interrumpió la pasiega.

— Sí, la señorita María, aquí está puesto su nombre en el sobre. Le das esta carta.

— Bueno.

— Pero á ella sola, nada más que á ella, ¿entiendes?

— Pierda usted cuidado, señorito Felicio.

— Guárdala bien, que no la vea nadie, ni tu marido.

— No la verá ni la luz, ¡sí, que soy yo tonta!

— Bien. A otra cosa, que es la que á ti te interesa.

La vaquera redobló su atención, abriendo desmesuradamente los ojos para oír mejor.

— ¿Sabes leer, aunque mal?, prosiguió Felicio.

— Sí, señorito, no tan mal.

— A ver: lee este sobre, y le presentó la carta destinada á la señora Damiana.

Juana lo leyó, aunque deletreando.

— Mañana por la mañana, á las once, ¿lo oyes?, á las once, llevarás tú misma esta carta adonde dicen las señas.

— ¿No es su casa de usted?

— Sí, pero no mi cuarto, el de enfrente. La entregarás en propia mano á quien va dirigida...

— ¿A la señora Damiana López?

— Precisamente. Se la das y aguardas á que la lea.

— Bueno, ¿y qué más?

— Nada más.

— ¿Va usted de viaje, señorito Felicio?

— Sí.

— ¿Muy lejos?

— Muy lejos, repitió el joven con una entonación que dejó suspensa á la vaquera.

Cuando Felicio salió de la lechería, empezaba á anochecer y caía una niebla espesa y húmeda.

«Será mi sudario,» — pensó.

Subió por la calle de Atocha. Hallábase relativamente satisfecho: nada le quedaba que hacer en el mundo. Siguió toda la calle y desembocó en la plaza Mayor. Aquel día era cumpleaños de no sé qué persona real, y comenzaban á encender la iluminación de las casas consistoriales. Con este motivo, el triste joven volvió á pensar en los contrastes de la vida. Vagó por los portales de la plaza, que estaban llenos de gente que se guarecía contra el mal tiempo. Había allí los mismos contrastes: miserables haraposos que dormían en pie recostados en los pilares, mujeres *non sanctas*, soldados que aguardaban la hora de la lista, vendedores de tortas, boquerones, bellotas y otros excesos; horteras á las puertas de las tiendas palpándose los sabañones, una murga tocando á la puerta de una taberna, y una portera, rodeada de mujeres, llorando á lágrima viva la pérdida de un hijo. Luz y sombra en todas partes, y en medio de la plaza la obscura masa de la estatua de Felipe III, inmutable como la eternidad.

En uno de sus paseos por los portales, Felicio vió que el reloj de la panadería marcaba las siete.

Pensó en comer, no porque tuviese apetito, sino por pasar el tiempo: había resuelto no llevar á cabo su funesta resolución hasta bien entrada la noche, á fin de ejecutarla con mayor facilidad. Era lunes, Felicio había cobrado el sábado anterior su renta semanal, y aún conservaba dinero suficiente para poder darse un pequeño banquete.

(Continuará)

SECCIÓN CIENTÍFICA

EL POLO ANTÁRTICO

Desde hace algunos siglos los navegantes enderezan sus esfuerzos y dirigen sus expediciones hacia el polo Artico, descuidando por modo singular el polo Antártico. La explicación de este hecho es fácil: el polo Artico dependía del glorioso continente europeo y durante mucho tiempo se esperó que su descubrimiento contribuiría al progreso de la riqueza y al desenvolvimiento de las colonias. En el Sur, por el contrario, sólo se veían tierras desiertas, poblaciones muy diseminadas, y salvajes y miserables. Hoy todo ha cambiado; de cincuenta años á esta parte, la Australia y la Nueva Zelandia han progresado de una manera prodigiosa, pudiendo esperarse en esas razas fecundas la misma energía que sus antepasados europeos.

Desde todos los puntos de vista sería, pues, altamente útil emprender una exploración completa de las tierras antárticas y proseguirla con el mismo ardor que se ha puesto en la conquista del polo Norte. La posición del polo magnético Sur apenas es conocida y su determinación sería sumamente ventajosa para la navegación del Océano Indico, pues las exploraciones en las profundidades del mar darían probablemente resultados inesperados. Importa asimismo conocer la fauna, la flora, la extensión de los continentes y de las islas, la situación y el movimiento de los hielos, la composición de las rocas; para bien conocer el pasado del globo importa ahondar, por medio del estudio de los fósiles, en la historia de esas tierras desheredadas. Por último, las expediciones que se intentaran serían no menos útiles á los progresos de la navegación que á los de la ciencia, pero hasta ahora se ha hecho poco en esta vía que podría ser tan fecunda.

En 1844, sir James Ross penetraba con el *Erebus* y el *Terror* en los mares antárticos, menos temibles probablemente que los del Norte, habiendo triunfado fácilmente de los obstáculos que aquéllos ofrecen, plantado la bandera inglesa en la isla de la Posesión y reconocido un nuevo continente al que dió el nombre de Victoria.

Durante estos últimos años, dos buques alemanes, el *Jasón* y el *Bertha*, equipados con todos los elementos necesarios, han intentado llegar al polo Sur: su expedición debía durar tres años, pero hasta ahora el éxito no ha pasado de mediano y la ciencia no debe á ella resultados de gran importancia.

El capitán noruego Larsen, á bordo de un ballenero, ha alcanzado por los 68° 10' de latitud Sur el punto meridional más extremo y ha reconocido costas peñascosas, tierras altas cubiertas de nieve y un grupo de islas con volcanes en ignición: el capitán desembarcó en una de estas islas, atravesando 11 kilómetros de mar helado y encontrando esparcidos sobre este hielo bloques de roca volcánica procedentes sin duda de los volcanes que á la vista tenía. La carta que trazó Larsen modificó algunos de los trazados anteriores.

Otro noruego, M. Borchegrevink, fué el primero á quien cupo el honor de desembarcar en las tierras Victoria, que Ross sólo había podido ver de lejos, y su exploración le hizo concebir grandes esperanzas: en varias conferencias ha asombrado á sus oyentes con sus descripciones de la riqueza de la fauna, de la relativa benignidad de la temperatura y de las ventajas que el comercio sacaría de los inmensos depósitos de guano y de la pesca de ballenas y focas que allí existen en número mucho mayor que en ninguna otra parte y que aún no han aprendido á temer al hombre y huir rápidamente á la vista de éste.

En una época como la nuestra en que se aspira á conquistarlo todo, no se necesitaban tantas halagadoras promesas para que se excitaran todas las ambiciones y todas las codicias, y el Congreso de Geografía últimamente celebrado ha declarado que la

aproximación al polo Sur era la más grande empresa geográfica que aún quedaba por intentar.

En su consecuencia se van á emprender nuevas expediciones: un joven oficial de la marina belga, M. de Gerlache, proyecta una en la que cifra grandes esperanzas. El buque está dispuesto; los oficiales son belgas como su jefe y los marineros en su ma-



EL ESPEJO DEL BUFÓN, cuadro de Luis Menéndez Pidal

yor parte noruegos acostumbra á las largas y penosas navegaciones de los mares del Norte.

La Sociedad Real de Geografía de Londres había pretendido organizar una expedición más considerable, y la Sociedad Real, la Asociación Británica para el fomento de las Ciencias y muchos sabios especialmente interesados en esta cuestión habían enviado sus adhesiones á esa empresa, cuyos gastos debían cubrirse con suscripciones particulares y una subven-



EL VIÁTICO EN UNA ALDEA DE ASTURIAS, cuadro de Luis Menéndez Pidal

ción de 50.000 libras del gobierno. Pero habiendo Mr. Goschen, primer lord del Almirantazgo, negado esta subvención á causa de la situación por que está atravesando Europa y de las necesidades del servicio de que está á su cargo, el comité que se había constituido ha tenido que resignarse á una empresa más modesta. Dos buques, un ballenero de 300 toneladas y un vaporcito de 70, saldrán de Inglaterra el día 1.º de septiembre, llevando á bordo doce hom-

bres de ciencia, dedicados cada uno á investigaciones especiales, y tripulaciones compuestas de marineros escogidos. Además la expedición llevará perros, cuya utilidad ha sido reconocida por el teniente Pears y que desde su regreso de las regiones árticas vivían en el Jardín Zoológico de Londres.

Estos buques se dirigirán á Melbourne y de allá al cabo de Adair, situado en el extremo Norte de la tierra Victoria, adonde piensan llegar los exploradores en 1.º de diciembre. Los hombres de ciencia que de la expedición forman parte se instalarán en esa región desierta con sus perros, trineos, instrumentos, tiendas y víveres en abundancia para más de un año, y se ocuparán de las investigaciones que les han sido indicadas, tales como observaciones magnéticas en los puntos más cercanos al polo á que podrán llegar, y estudios geológicos, zoológicos y botánicos. En el entretanto los marinos se dedicarán á la pesca de la ballena, cuyos productos están destinados á cubrir una parte de los gastos de la expedición: también trazarán el mapa de las bahías y de los fiords, é intentarán, cuando esto sea posible, hacer dragados en los mares profundos. En 15 de diciembre de 1897 regresarán los buques al cabo Adair, recogerán á los que allí se habrán quedado para hacer los estudios antes indicados y todos juntos emprenderán el viaje de vuelta á Inglaterra.

MIS DE NADAILLAC

**

EL MELDÓMETRO

Este nombre extraño está formado de una raíz inglesa *to melt*, fundir, y de otra griega, *metron*, medida; y se aplica á un aparato cuyo destino está explicado por su nombre. El meldómetro presentado á la Sociedad de Física de Londres por el profesor Ramsay y el Sr. Eumerfapoulus, tiene por objeto determinar rápida y precisamente los puntos de fusión de las materias que se liquidan á una temperatura elevada. El Dr. Joly, de Dublín, es el inventor del aparato, que se compone esencialmente de una lámina de platino calentada por el paso de una corriente eléctrica.

Las substancias que han de ser objeto del estudio se colocan en pequeños fragmentos sobre la lámina de platino, y su temperatura de fusión se deduce de la dilatación de la lámina en el momento en que se produce el cambio de estado bajo la acción de una corriente de creciente intensidad. La graduación del aparato se ha establecido con ayuda de cuerpos cuya temperatura de fusión es conocida. Los señores Ramsay y Eumerfapoulus han practicado una serie de medidas sobre el punto de fusión de las sales de sodio, de litio, de estroncio, de bario, de calcio y de plomo; pero los resultados obtenidos no concuerdan con los hallados anteriormente por otros experimentadores y por medio de otros procedimientos, sin que haya sido posible explicar las diferencias observadas. La gran ventaja del meldómetro estriba en la facilidad que ofrece de obtener determinaciones con muestras muy pequeñas y muy puras por consiguiente. En cambio no se presta á determinar los puntos de fusión de los cuerpos que experimentan una modificación química cuando se les calienta al aire libre.

**

NUEVA LÁMPARA INCANDESCENTE

El aumento de rendimiento luminoso que los capuchones sistema Aüer ocasionan en los mecheros de gas al utilizar la incandescencia de ciertos óxidos de metales raros, ha hecho pensar en aplicar estos mismos óxidos á la construcción de los filamentos de las lámparas incandescentes para aumentar su rendimiento luminoso.

La *Electrotechnische Anzeitung* da la siguiente descripción de una lámpara de esta clase.

Con papel de asbestos de 0,3 milímetros de es-

pesor se cortan tiras de 6 centímetros de longitud, que después de mojadas primero en una disolución de cloruro platínico al 30 por ciento y luego en otra saturada de sal amoníaco, se secan por medio de una corriente de aire caliente, sometiéndolas en seguida á la llama de un mechero Bunsen, para transformar por este procedimiento el cloruro platínico en esponja de platino.

Hecha esta operación, las tiras de asbestos así preparadas se introducen en una disolución de cloruro de magnesio al 20 por ciento, secándose y calentándose como antes hasta que queden recubiertas por completo de una capa de magnesia.

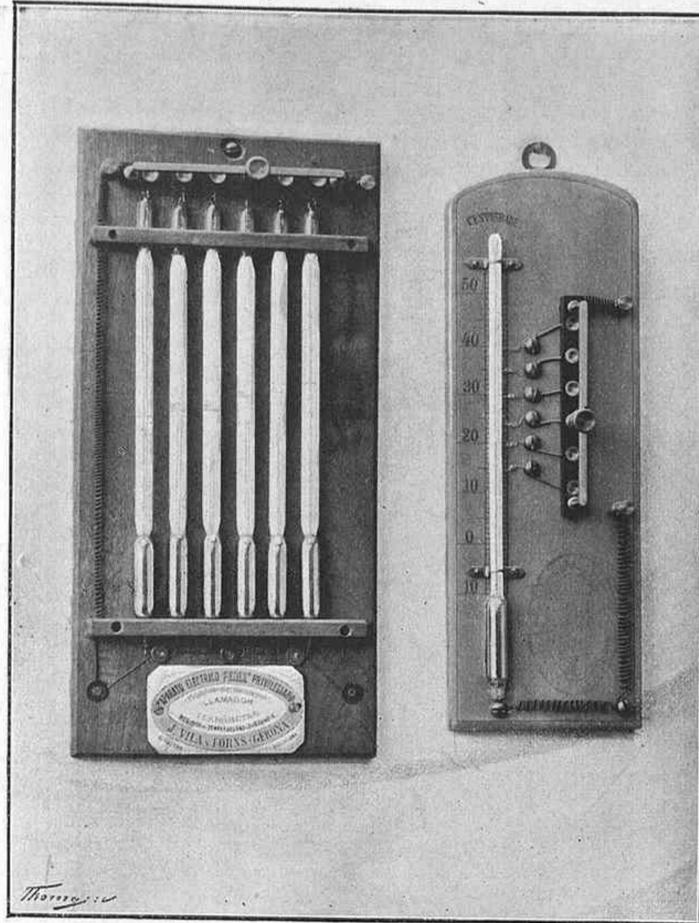
Por último, estas mismas tiras se introducen en una disolución de nitrato de cerio, se fijan á dos alambres de platino y se encierran en una botella de vidrio, donde se hace el vacío siguiendo el método ordinario empleado para la construcción de lámparas incandescentes.

La capa de magnesia protege el platino; la magnesia y la cerrita dan á la lámpara un brillo mucho mayor que los filamentos ordinarios para un mismo consumo de energía; y como además la resistencia de estas tiras es mayor que la del carbón, pueden obtenerse mayores superficies radiantes.

* * *

LOS APARATOS ELÉCTRICOS «FÉNIX»
IDEADOS POR J. VILA Y FORNS

A la amabilidad del fotógrafo gerundense Amis Unal debemos la fotografía que en esta página publicamos y que reproduce los aparatos eléctricos «FÉNIX», ideados por J. Vila y Fornes, de Gerona, para prestar los servicios de avisador de incendios, llamador, termómetro y medidor de temperaturas á distancia.



APARATOS ELÉCTRICOS FÉNIX, ideados por J. Vila y Fornes, de Gerona, para prestar los servicios de avisador de incendios, llamador, termómetro y medidor de temperaturas á distancia.

tos eléctricos FÉNIX, ideados por D. J. Vila y Fornes, de Gerona, para prestar los servicios de avisador de incendios, llamador, termómetro y medidor de temperaturas á distancia.

Basta examinar estos aparatos para comprender que el funcionamiento de los mismos depende de las variaciones que sufre el mercurio encerrado en los termómetros, que gradúan la atmósfera de la temperatura que los circunda marcando sus oscilaciones por medio de los hilos metálicos introducidos en las columnas y cubetas (entre los -36° centígrados y los +200°, límites de la escala de funcionamiento), que las transmiten poniendo en movimiento los timbres. De este modo los aparatos avisan los aumentos anormales de temperaturas con notable precisión y rapidez á voluntad del operador.

El conmutador que aparece unido al aparato, guía las corrientes que pasan por el mercurio y su concurso es indispensable para todos los servicios, y aunque aparece fijado en los aparatos, se puede separar fácilmente para colocarlo lejos con objeto de medir temperaturas á distancia, anunciando de este modo las temperaturas de locales cerrados y apartados ó poco frecuentados. Así, por ejemplo, desde el puente de un buque se puede saber por medio de estos aparatos la temperatura de la bodega del mismo.

De lo expuesto puede deducirse los beneficios que habrá de reportar, por sus múltiples y variadas aplicaciones, así en el mar como en tierra firme, el invento de los aparatos eléctricos conocidos con el nombre de FÉNIX é ideados por el Sr. Vila y Fornes, á quien sinceramente felicitamos por tan útil descubrimiento.

Las casas extranjeras que deseen anunciarse en LA ILUSTRACION ARTÍSTICA diríjase para informes á los Sres. A. Lorette, Rue Caumartin, núm. 61, París.—Las casas españolas pueden dirigirse á los Sres. Calvet y Rialp, Paseo de Gracia, 21, Barcelona (Gracia)

SOR CLEMENCIA

novela de costumbres por ENRIQUE PEREZ ESCRICH

AUTOR DEL MANUSCRITO DE UNA MADRE Y DEL MÁRTIR DEL GÓLGOTA

El argumento de esta preciosa novela no está basado en una pura ficción; es una verídica historia que excita cada vez más el interés, según se van recorriendo sus páginas; es una de aquellas narraciones que conmueven y consuelan el alma al mismo tiempo; es un drama de la vida, de esos que encierran un gran pensamiento filosófico y moral, á la par que una provechosa enseñanza.

Se vende en todas las librerías y centros de suscripción de España, en un tomo bonitamente encuadernado en tela, á 5 pesetas, y encuadernado á la rústica 4 pesetas.

Jarabe de Digital de LABELONYE contra las diversas Afecciones del Corazon, Hydropesias, Tosas nerviosas; Bronquitis, Asma, etc. Empleado con el mejor éxito

Gragreas al Lactato de Hierro de GÉLIS & CONTÉ Aprobadas por la Academia de Medicina de París. El mas eficaz de los Ferruginos contra la Anemia, Clorosis, Empobrecimiento de la Sangre, Debilidad, etc.

Bergotina y Grageas de BERGOTINA BONJEAN HEMOSTÁTICO el mas PODEROSO que se conoce, en poción ó en inyección ipodérmica. Las Grageas hacen mas fácil el labor del parto y detienen las pérdidas. Medalla de Oro de la S^{ad} de F^{ia} de París. LABELONYE y C^{ia}, 99, Calle de Aboukir, París, y en todas las farmacias.

CEREBRINA REMEDIO SEGURO CONTRA LAS JAQUECAS y NEURALGIAS. Suprime los Cólicos periódicos. E. FOURNIER Farm^o, 114, Rue de Provençe, en PARÍS. La MADRID, Melchor GARCIA, y todas farmacias. Desconfiar de las Imitaciones.

LA SAGRADA BIBLIA EDICIÓN ILUSTRADA á 10 céntimos de peseta la entrega de 16 páginas. Se envían prospectos á quien los solicite dirigiéndose á los Sres. Montaner y Simón, editores

Las Personas que conocen las **PILDORAS DE DEHAUT** DE PARIS no titubean en purgarse, cuando lo necesitan. No temen el asco ni el cansancio, porque, contra lo que sucede con los demas purgantes, este no obra bien sino cuando se toma con buenos alimentos y bebidas fortificantes, cual el vino, el café, el té. Cada cual escoge, para purgarse, la hora y la comida que mas le convienen, segun sus ocupaciones. Como el causan que la purga ocasiona queda completamente anulado por el efecto de la buena alimentación empleada, uno se decide fácilmente á volver á empezar cuantas veces sea necesario.

ANEMIA CLOROSIS, DEBILIDAD Curadas por el Verdadero **HIERRO QUEVENNE** Único aprobado por la Academia de Medicina de París. — 50 Años de éxito.

DICCIONARIO ENCICLOPÉDICO **HISPANO-AMERICANO** Edición profusamente ilustrada con miles de pequeños grabados intercalados en el texto y tirados aparte, que reproducen las diferentes especies de los reinos animal, vegetal y mineral; los instrumentos y aparatos aplicados recientemente á las ciencias, agricultura, artes é industrias; retratos de los personajes que más se han distinguido en todos los ramos del saber humano; planos de ciudades; mapas geográficos coloridos; copias exactas de los cuadros y demás obras de arte más célebres de todas las épocas. MONTANER Y SIMON, EDITORES

CARNE, HIERRO y QUINA El Alimento mas fortificante unido a los Tónicos mas reparadores. **VINO FERRUGINOSO AROUD** Y CON TODOS LOS PRINCIPIOS NUTRITIVOS DE LA CARNE. **CARNE, HIERRO y QUINA!** Diez años de éxito continuado y las afirmaciones de todas las eminencias médicas preuban que esta asociación de la Carne, el Hierro y la Quina constituye el reparador mas energico que se conoce para curar: la Clorosis, la Anemia, las Menstruaciones dolorosas, el Empobrecimiento y la Alteración de la Sangre, el Raquitismo, las Afecciones escrofulosas y escorbúticas, etc. El **Vino Ferruginoso de Aroud** es, en efecto, el único que reúne todo lo que entona y fortalece los organos, regulariza, coordena y aumenta considerablemente las fuerzas ó infunde á la sangre empobrecida y decolorada: el Vigor, la Coloración y la *Energía vital*. Por mayor, en París, en casa de J. FERRÉ, Farm^o, 102, r. Richelieu, Sucesor de AROUD. SE VENDE EN TODAS LAS PRINCIPALES BOTICAS. **EXIJASE el nombre y la firma AROUD**

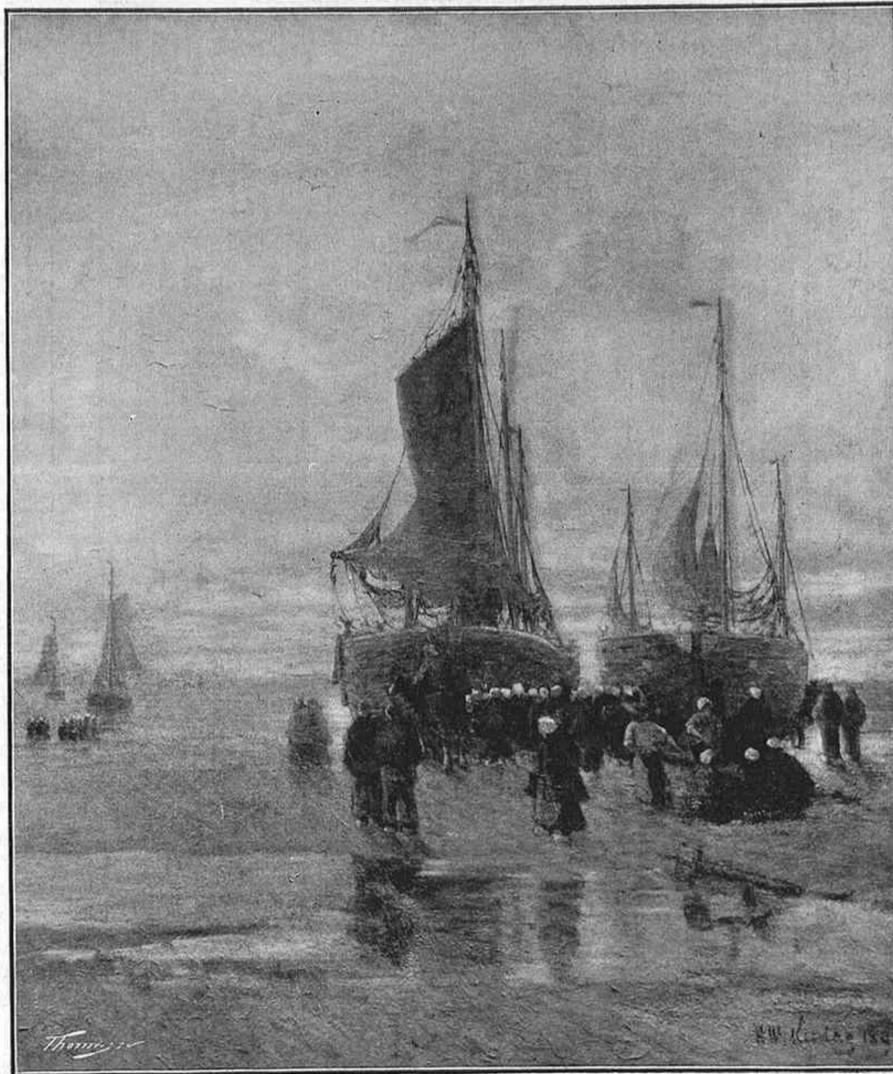
MEDALLAS + LONDRES 1862 + PARIS 1889 + AMBERES 1894 + **DE APIOL DE JORET Y HOMOLLE** REGULARIZAN LOS MENSTRUOS EVITAN DOLORES, RETARDOS. DEPOSITO GENERAL FARMACIA BRIANT PARIS 150 R. RIVOLI Y TODAS FARMACIAS Y DRORIAS

LIBROS ENVIADOS Á ESTA REDACCIÓN

POR AUTORES Ó EDITORES

GEOGRAFÍA PARA LA ENSEÑANZA SECUNDARIA, por *Gonzalo Cruz*. — Con decir que la edición de esta obra que hemos recibido es la décimaquinta, queda probado cuánta es su popularidad en la República de Chile, para la cual ha sido escrita, habiendo merecido ser aprobada por el Consejo de Instrucción Pública y adoptada por el Instituto Nacional, por los Liceos y por muchos establecimientos particulares. Esta nueva edición ha sido revisada por su autor y aumentada con una parte histórica y otra sobre formación de mapas, á fin de que se ajuste á los programas universitarios que en aquella nación rigen desde hace poco tiempo. Contiene el libro las siguientes materias: nociones generales, parte histórica (antiguo y nuevo mundo), descripción de las cinco partes y formación de mapas, cada una de las cuales está tratada con suma claridad y con la amplitud necesaria para que, dentro de los límites en que forzosamente ha de encerrarse toda obra destinada á servir de texto, puedan los estudiantes conocer debidamente la ciencia histórica y muy especialmente la geográfica. La obra del Sr. Cruz forma un tomo de unas 350 páginas, lleva algunos grabados que ilustran el texto de la parte dedicada á nociones generales y ha sido impresa en la imprenta y encuadernación Barcelona, calle de la Moneda 25 G á M (Santiago de Chile.)

ORO OCULTO, novela por *Modesto Hernández Villaescusa*. — El mejor elogio que puede hacerse de esta novela del conocido escritor Sr. Hernández Villaescusa es decir que puede ponerse en manos de las personas más escrupulosas en punto á moralidad, cualidad que caracteriza á todas las obras del mismo autor, lo cual explica el éxito que todas obtienen. Mas no es esta la única condición buena de la obra, sino que además tiene ésta la de interesar por su argumento hábilmente desarrollado y cautivar por la sencillez y elegancia del estilo. *Oro oculto* está muy bien ilustrada por B. Gili y Roig y ha sido elegantemente editada por Juan Gili (Cortés, 233, Barcelona): es el primer volumen de la titulada *Colección Elzevir Ilustrada* y se vende al precio de dos pesetas.



SALIDA DE BARCAS PESCADORAS, cuadro de Mesdag
(Exposición de Bellas Artes é Industrias Artísticas de Barcelona de 1896)

MEMORIA DEL AÑO ESCOLAR DEL INSTITUTO AMERICANO DE ADROGUÉ (REPÚBLICA ARGENTINA). — En las inmediaciones de la ciudad de Buenos Aires ha fundado el conocido publicista y pedagogo español, ha tiempo residente en aquella república, señor Monner Sans, un establecimiento de enseñanza que bien puede calificarse de establecimiento modelo, así por sus condiciones materiales como por el sistema educativo que en él se practica: las primeras se traducen por una situación excelente y un edificio amplio, dotado de todas las comodidades y adelantos modernos, y de la bondad del segundo responden los resultados obtenidos durante el curso de 1895, que detalladamente vienen consignados en la memoria que nos ocupa y que está bien pensada y admirablemente escrita, como todos los trabajos que salen de la pluma del Sr. Monner Sans, á quien felicitamos con entusiasmo por sus iniciativas fuera de su patria, pero siempre en honra de su patria y teniendo el buen nombre y la gloria de ésta por norma á la cual dirige sus grandes cuanto valiosos esfuerzos.

EL PESIMISMO PRÁCTICO, por *Carlos Baires*. — Imposible analizar este libro en una noticia breve como las que exige nuestra sección bibliográfica, por lo que hemos de limitarnos á explicar el objeto que se propone el autor al publicar la *Filosofía de la Esperanza*, cuya primera parte es el *Pesimismo práctico*. En la introducción de éste, después de consignar cómo el pesimismo amarga la vida y se convierte por ello en filosofía de desesperación, dice el Sr. Baires: «Después del examen del problema del bien y del mal, hemos creído que por encima de las contrariedades de todo orden que rodean al hombre podía éste encontrar, si no un medio de felicidad inmediata, por lo menos un principio de razón de existencia capaz de conseguir el acuerdo entre el sentimiento afirmativo de la vida y sus conceptos práctico y trascendental. Por esto llamamos á la exposición detallada como método, de esta razón de existencia, *Filosofía de la Esperanza*.» La obra que nos ocupa, á la que seguirán *El pesimismo psicológico* y *El pesimismo trascendental*, llena, á nuestro modo de ver, perfectamente el fin que el autor se propone, ocupándose de la instrucción y educación, del problema social, del sentimiento y del dogma del matrimonio. El libro ha sido impreso en Buenos Aires, imprenta de Juan A. Alsina, México, 1.422.

PAPEL ANTI-ASMÁTICOS BARRAL
PRESCRITOS POR LOS MÉDICOS CELEBRES
EL PAPEL O LOS CIGARROS DE BARRAL
disipan casi INSTANTÁNEAMENTE los Accesos,
DE ASMA Y TODAS LAS SUFOCACIONES.

FUMOUIZE-ALBESPEYRES
78, Faub. Saint-Denis
PARIS
y en todas las Farmacias.

JARABE DE DENTICION
FACILITA LA SALIDA DE LOS DIENTES PREVIENE Ó HACE DESAPARECER
LOS SUFRIMIENTOS y todos los ACCIDENTES de la PRIMERA DENTICION.
EXIJASE EL SELLO OFICIAL DEL GOBIERNO FRANCÉS.
Y LA FIRMA DELABARRE DEL DR. DELABARRE

REMEDIO de ABISINIA EXIBARD
En Polvos y Cigarrillos
Alivia y Cura CATARRO,
BRONQUITIS,
OPRESION
ASMA
y toda afección
Espasmódica
de las vías respiratorias.
25 años de éxito. Med. Oro y Plata
J. FERRÉ y Cia, Pcs. 102, R. Richelieu, Paris.

CARNE y QUINA
El Alimento mas reparador, unido al Tónico mas energico.
VINO AROUD con QUINA
Y CON TODOS LOS PRINCIPIOS NUTRITIVOS SOLUBLES DE LA CARNE
CARNE y QUINA! con los elementos que entran en la composicion de este potente reparador de las fuerzas vitales, de este **fortificante por excelencia**. De un gusto sumamente agradable, es soberano contra la *Anemia* y el *Apocamiento*, en las *Calenturas* y *Convalecencias*, contra las *Diarreas* y las *Afecciones del Estomago* y los *Intestinos*.
Cuando se trata de despertar el apetito, asegurar las digestiones, reparar las fuerzas, enriquecer la sangre, entonar el organismo y precaver la anemia y las epidemias provocadas por los calores, no se conoce nada superior al **Vino de Quina de Aroud**.
Por mayor, en Paris, en casa de J. FERRÉ, Farmº, 402, r. Richelieu, Sucesor de AROUD
SE VENDE EN TODAS LAS PRINCIPALES BOTICAS.
EXIJASE el nombre y la firma AROUD

PAPEL WLINSI
Soberano remedio para rápida curacion de las **Afecciones del pecho**, **Catarros**, **Mal de garganta**, **Bronquitis**, **Resfriados**, **Romadizos**, de los **Reumatismos**, **Dolores**, **Lumbagos**, etc., 30 años del mejor éxito atestiguan la eficacia de este poderoso derivativo recomendado por los primeros médicos de Paris.
Depósito en todas las Farmacias
PARIS, 31, Rue de Seine.

CARRERAS-CAZA
EMBROCCACION MÉRÉ de Chantilly
INDISPENSABLE PARA FORTIFICAR
LAS PIERNAS DE LOS CABALLOS
FOLLETO FRANCO MÉRÉ FARM-ORLEANS

JARABE ANTIFLOGÍSTICO DE BRIANT
Farmacia, CALLE DE RIVOLI, 150, PARIS, y en todas las Farmacias
El **JARABE DE BRIANT** recomendado desde su principio, por los profesores **Laennec**, **Thénard**, **Guersant**, etc.; ha recibido la consagración del tiempo: en el año 1829 obtuvo el privilegio de invención. **VERDADERO CONFITE PECTORAL**, con base de goma y de ababolos, conviene sobre todo á las personas delicadas, como mujeres y niños. Su gusto excelente no perjudica en modo alguno á su eficacia contra los **RESFRIADOS** y todas las **INFLAMACIONES del PECHO** y de los **INTESTINOS**.

GARGANTA
VOZ y BOCA
PASTILLAS DE DETHAN
Recomendadas contra los Males de la Garganta, Extinciones de la Voz, Inflamaciones de la Boca, Efectos perniciosos del Mercurio, Irritación que produce el Tabaco, y especialmente á los **Sñrs PREDICADORES, ABOGADOS, PROFESORES y CANTORES** para facilitar la emision de la voz. — Precio: 12 REALES.
Exigir en el rotulo a firma
Adh. DETHAN, Farmaceutico en PARIS

ENFERMEDADES del ESTOMAGO
PASTILLAS y POLVOS
PATERSON
con BISMUTHO y MAGNESIA
Recomendados contra las Afecciones del Estomago, Falta de Apetito, Digestiones laboriosas, Acedias, Vómitos, Eructos, y Cólicos; regularizan las Funciones del Estomago y de los Intestinos.
Exigir en el rotulo a firma de J. FAYARD.
Adh. DETHAN, Farmaceutico en PARIS

Jarabe Laroze
DE CORTEZAS DE NARANJAS AMARGAS
Desde hace mas de 40 años, el Jarabe Laroze se prescribe con éxito por todos los médicos para la curacion de las **gastritis**, **gastraljias**, **dolores** y **retortijones de estomago**, **estreñimientos rebeldes**, para facilitar la **digestion** y para regularizar todas las funciones del estomago y de los intestinos.
JARABE al Bromuro de Potasio
DE CORTEZAS DE NARANJAS AMARGAS
Es el remedio mas eficaz para combatir las enfermedades del **corazon**, la **epilepsia**, **histeria**, **migraña**, **baile de S-Vito**, **insomnios**, **convulsiones** y **tos de los niños** durante la denticion; en una palabra, **todas las afecciones nerviosas**.
Fábrica, Expediciones: **J.-P. LAROZE & C^{ie}**, 2, rue des Lions-St-Paul, á Paris.
Deposito en todas las principales Boticas y Droguerías

PATE ÉPILATOIRE DUSSEY destruye hasta las **RAICES** el **VELLO** del rostro de las damas (Barba, Bigote, etc.), sin ningun peligro para el cutis. **50 Años de Éxito**, y millares de testimonios garantizan la eficacia de esta preparacion. (Se vende en cajas, para la barba, y en 1/2 cajas para el bigote ligero). Para los brazos, empleese el **PILIVORE DUSSEY**, 1, rue J.-J. Rousseau, Paris.

Quedan reservados los derechos de propiedad artística y literaria

IMP. DE MONTANER Y SIMÓN